

ÍNDICE DEL TOMO NOVENO.

- Alarcon.**—La moral en el arte.—225.
Alas (Leopoldo).—Tamiris.—59.
 — *Gloria*, novela de Perez Galdós.—207.
 — El joven enfermo, idilio de Chénier.—602.
Alonso Martinez.—Movimiento de las ideas religiosas.—Exposicion y critica del sistema krausista.—23, 44 y 65.
Arnao.—La gloria de Romea.—350.
Atienza.—El último discurso del Sr. Alonso Martínez.—166.
 — El krausismo juzgado por el Sr. Alonso Martínez.—237.
Azcárate.—El pesimismo en su relacion con la vida práctica.—257.
Balaciart.—Armonía.—404.
Barrera.—*Las cuatro estaciones*, poesías de don E. Bustillo.—508.
Becerro.—*Aránzazu*, por S. Mantelí.—533.
Bernhardt.—El reverendo A. Tooth y los ritualistas ingleses.—178.
Blaserna.—Las escuelas musicales.—754.
Boissay.—El país de los mormones.—410.
Bosch.—Las flores de la vegetacion espontánea en sus armonías con los insectos.—132.
Boutelou.—Orígen y progresos de la botánica.—268 y 297.
Bustillo.—Lo vivo y lo pintado.—622 y 653.
 — Ellos, tú y yo.—734.
Canalejas.—Los poemas caballerescos y los libros de caballería.—353, 385, 422, 449, 481 y 590.
Carbonell.—El progreso científico moderno.—180.
Ciudad.—La aeroterapia.—338.
Coello.—El último golpe, cuento.—90.
Crónica geográfica.—Las exploraciones.—191.
Davies.—La veracidad de la conciencia.—161.
Dumoulin.—La reproduccion de los colores en fotografía.—186.
Egger.—Las condiciones de la historia en la antigüedad y en los tiempos modernos.—74.
Fastenrath.—Engelberto I, conde de Berg y arzobispo de Colonia.—105.
 — Alberto Magno.—453.
 — Las glorias de Nuremberg.—555.
Fernandez y Gonzalez (Manuel María).—El pan, poesía.—794.
Ferrand.—El algodón de cristal.—127.
Flammarion.—El cielo en 1877.—129.
Freytag.—Los antepasados.—Ingo.—16, 50, 146, 212, 305, 339, 373, 472, 527, 572, 668 y 697.
Gazier.—Ravillac y sus pretendidos cómplices.—641.
Gonzalez Serrano.—La poesía en nuestro tiempo.—11.
Hartmann.—La religion del porvenir.—1, 39, 79, 135, 201, 245 y 274.
Herran.—Los estudios helénicos en España.—117.
 — *El copo de nieve*, novela de Angela Grassi.—311.
Huelbes.—El duelo.—77.
Labra.—La legislacion portuguesa.—5, 33, 331, 377, 431, 705 y 742.
Leon.—Crónica de física.—La velocidad de la electricidad.—El temple del acero.—Alumbrado eléctrico.—Cristales isó cromos para lentes.—61.
 — El telégrafo parlante.—381.
Lewes.—Las funciones del cerebro, segun M. Ferrier.—171.
Loeher.—Los germanos en las islas Canarias.—289, 321, 359 y 390.
Loyson (P. Jacinto).—La reforma de la familia.—584.
Maestre y Alonso.—Calderon de la Barca.—Apuntes biográficos.—763.
Manning.—Historia verdadera del concilio del Vaticano.—503, 545, 609, 680, 715 y 747.
Menendez Pelayo.—Epistola á Horacio.—520.
 — Traductores españoles de Horacio.—577, 613, 646, 673 y 709.
Moreno Nieto.—La constitucion de Inglaterra.—92.
Moret y Prendergast.—La historia contemporánea.—769.
Navarro (Luciano).—Los experimentos hechos con el radiómetro de Crookes.—88.
Palacio Valdés.—Apuntes criticos.—«El self government.»—Cronicon científico popular.—Historia del derecho de Cataluña.—Zorrilla en el Ateneo.—115.
 — Ó lucura ó santidad.—150.
 — Estudios fundamentales sobre el cristianismo.—506.
 — Oradores del Ateneo.—D. Miguel Sanchez.—248.
 — — D. Segismundo Moret.—281.
 — — D. Carlos M. Perier.—304.
 — — D. Laureano Figuerola.—408.
 — — D. Juan Valera.—470.
 — — D. José Moreno Nieto.—601.
 — — D. José Carvajal.—631.
 — — D. Luis Vidart.—702.
 — — D. Gumersindo de Azcárate.—765.
 — — D. Manuel Pedregal.—792.
Parejo.—El amor.—287.
 — A la memoria de Cervantes.—544.
 — A ella.—672.
Pedregal.—La colonizacion en la historia.—458.
 — La instruccion elemental en los pueblos modernos.—737 y 771.
Pereira.—La decadencia del teatro español.—411.
Perez Cortina.—Los principios de la ciencia.—120.
Piernas.—Vocabulario de la economía.—365, 398, 439, 500, 522, 558, 598, 633, 658 y 684.
Pressensé.—El arte y el cristianismo en los dos primeros siglos.—467.

Renan.—El libro de los reyes.—265.
Reyer.—Revista musical.—Los teatros líricos de Paris en 1876.—Operas nuevas.—La Albani.—La sinfonía fantástica de Berlioz.—Otras obras de música sinfónica.—Las últimas obras de Gunod.—122.
Roca.—El teatro español.—283.
Rodriguez (Gabriel).—La constitucion política en Inglaterra.—159.
R. M.—Crónica de teatros.—383.
Sanabria.—El teatro español.—193 y 382.
Santos.—La poesía y sus géneros fundamentales.—548.
Scribe.—El rey de oros.—725.
 — El precio de la vida.—758.
 — Judit ó el palco de la Opera.—775.
Serrano.—Concepto de la física fisiológica.—434 y 463.
 — Estudios sobre la célula.—543, 568, 637, 663, 692, 719 y 750.
Sologuren.—Crónica musical.—251 y 444.
Tissandier.—La máquina de escribir.—348.
 — La vuelta al mundo en 320 dias.—382.
Torres.—El movimiento literario en el extranjero.—«Dora» comedia-drama de V. Sardou.—«El libro del teatro» en Inglaterra, por M. Dutton Cook.—152.
 — El movimiento científico y literario en Francia.—Tres nuevas Revistas.—347.
Tubino.—La escultura contemporánea.—491.
Tyndall.—La fermentacion y sus relaciones con los fenómenos observados en las enfermedades.—417, 487 y 562.
Ustariz.—Revista científica.—Una nueva estrella.—La urea de la sangre.—Los huevos de la *philoxera*.—Nuevo manómetro.—La accion del alcohol sobre el cerebro.—29.
 — Ligereza del viento.—Destruccion de la *philoxera*.—El movimiento del radiómetro.—El cerebro humano.—El éter bromídrico.—La edad de la tierra.—Exploraciones de África.—Contagio por la leche.—219.
Vervoort.—Higiene, salvamento y economía social.—157.
Vidart.—Estudios sobre la historia militar de España.—126, 316 y 542.
Vilanova.—Geología agrícola.—31, 63, 94, 125, 187, 221, 314, 350, 414, 446, 511, 540 y 604.
Viville Thomson.—El polo Sur y sus alrededores.—335.
Zaragoza.—Los primitivos descubrimientos geográficos.—97 y 138.
Boletin de las Asociaciones Científicas:
 La constitucion de Inglaterra.—189.
 Rectificacion del Sr. Moreno Nieto.—189.

CUESTA: Sistema federativo del imperio alemán.—190.
SIMARRO: Teoría de las llamas.—190.
RODRIGUEZ: El llamado poder administrativo.—190
AZCARATE: El pesimismo en su relacion con la vida práctica.—255.
EVAUS: La geografía física del mar.—256.
TABOADA: Constitucion de la Sociedad española de hidrología médica.—287.
RODRIGUEZ: Naturaleza de la música.—319 y 767.
RUBIO: Accion fisiológica de la palabra humana.—319.
 Sociedad española de historia natural.—480.
ECHEGARAY: Consideraciones sobre la metafísica de la belleza.—768.
Miscelánea:
 Los canarios músicos.—64.
 El hospital para niños.—96.
 Los nombres musulmanes.—128.
 Los árboles gigantes.—128.
 Origen de los tranvías.—128.
 La produccion literaria en Alemania, en Italia y en Inglaterra.—128.
 Necrología.—Noticias.—160.
 Marfil artificial.—192.
 Congreso de Glasgow.—223.
 Exploracion del Africa por Plafair.—288.
 Influencia de las temperaturas sobre el organismo.—320.
 Aumento de tamaño de la tierra.—352.
 Un puerto prehistórico.—352.
 Fotografía sobre talco.—384.
 Necrología.—Bagehot, Pichot y Tobler.—448.
 Los últimos inventos para escribir.—479.
 El cristal templado.—544.
 Lluvia de serpientes.—544.
 La aprension.—607.
 Los tulipanes.—607.
 Nuevos cometas.—607.
 Una erupcion submarina.—640.
 Necesidad del agua en las minas del carbon de piedra.—640.
 Monumento de Michelet.—672.
 Biblioteca corvina.—672.
 Fenómeno óptico.—672.
 El oráculo de la antigua Dodona.—735.
 Origen de las casas reinantes en el mundo cristiano.—735.
 Carton-corcho aplicable á la industria.—735.
 Un descubrimiento útil.—735.
 El albañil mecánico.—735.
 Máquinas para coser suelas de alpargatas.—735.
 Ruedas de papel.—735.
CRÓNICA GENERAL: Teatros, bibliografía, noticias, anuncios.—En las cubiertas de todos los números

REVISTA EUROPEA.

Núm. 150

7. DE ENERO DE 1877.

AÑO IV.



LA RELIGION DEL PORVENIR.

I.

EVOLUCION Ó INNOVACION.

Quizá no haya existido época más irreligiosa que la nuestra, y no obstante, difícilmente se hallará otra á la cual hayan agitado más las cuestiones religiosas. Acabamos de salir de un período en que la indiferencia se aliaba á una adhesión rutinaria á la costumbre, en que el terror religioso no quería percibir incompatibilidad entre las formas religiosas tradicionales y el espíritu de los tiempos modernos. Nuestros padres eran en realidad bastante conservadores para ver en la práctica del culto una cosa conveniente, y suficiente ilustrados para reírse del que les hubiese dicho que llegaría un día en que las cuestiones religiosas recobrasen su imperio sobre el pueblo, le inflamasen y le extraviasen todavía; mas en esta conducta de dos caras, no veían ninguna contradicción.

Al mismo tiempo la crítica teológica, histórica y filosófica proseguía su obra sin darse punto de reposo (basta tener presente á Schopenhauer, Strauss y Feuerbach), y el espíritu moderno se desenvolvía con un vuelo que casi pudiéramos decir arrebatado; estas dos potencias coaligadas arraigaban cada vez más la convicción de que en los puntos más esenciales, las formas religiosas de la tradición se compadecían muy mal con la idea que nosotros nos formamos del conjunto de las cosas. Por otra parte, dos hechos demostraban el error que había cometido el indiferentismo ilustrado al imaginar, ora que que la religión ha perdido su poder sobre el pueblo, ora que éste puede vivir sin ella. Por un lado la Iglesia católica se levantaba con una vitalidad que inspiraba temor y espanto, demostrando la fuerza que aún tiene para fanatizar á las masas cuando persigue este objeto con energía y constancia; por el otro y como diametral oposición á esto, la vergonzosa brutalidad alardeada por la democracia social al saludar con júbilo los horrores de la *commune* parisien, señalaba hasta qué punto de depravación descende el pueblo cuando ha perdido con la religión, la sola forma bajo la que le puede ser accesible el idealismo.

Después de tan vivas demostraciones, es imposible para el que aspire dar al pueblo una cultura

más elevada, dejar de comprender que la religión le es indispensable como principal resorte educador para desarrollar en él el sentido de lo ideal, que, si el progreso pretende abandonar este factor, no hace más que favorecer tendencias hostiles á la civilización, y que, en fin, á pesar de esto, las confesiones tradicionales de la religión no pueden servir de sosten á una era de desenvolvimiento intelectual, con la cual sus principios fundamentales la colocan en abierta contradicción.

En situación semejante, el problema religioso no puede ménos de imponerse, y se explican perfectamente los esfuerzos que por todas partes se hacen para producir una religión que, armonizándose con el espíritu moderno y los fines de nuestra civilización, esté á la altura de su misión, que no es otra que la de procurar la educación ideal del pueblo. Es muy natural que estos esfuerzos se dirijan á las religiones tradicionales, ya porque el comenzar todo nuevamente parezca empresa temeraria ó imposible, ya porque la continuidad histórica se haya impuesto á la conciencia moderna como un bien inapreciable, imposible de reemplazar, y para conseguir el cual ninguna concesión admisible debe parecer excesiva.

Sin embargo, por muy dignos que sean de nuestra estimación particular los hombres que consagran su vida á una obra de interés tan capital, cabe bien el preguntarse seriamente si el sostenimiento de la continuidad en un sentido estricto es posible todavía en nuestra situación histórica, ó si, después de todo, es uno de esos momentos de la historia en que una gran idea ha recorrido todas las fases de su evolución y se ve irrevocablemente condenada á dejar la escena para ser reemplazada por otras ideas nuevas, no sin que deje de transmitir á la fase de la nueva evolución algunos de sus elementos más importantes y de formar engranaje en las otras para la nueva vida que comienza á apuntar. Si se adoptase el segundo término de esta alternativa, la continuidad histórica, en su sentido amplio, se salvaría, aún cuando se verificase la ruptura con los principios directores del período anterior y la admisión de gérmenes fecundos importados de lejos.

No obstante, como todas las reformas, como todas las nuevas fases de una evolución en el interior de un mismo ciclo, proceden más ó ménos de la introducción de nuevos gérmenes de ideas, y por otra parte también, al terminar un antiguo ciclo y al co-

menzar uno nuevo, las nuevas ideas fecundantes no caen del cielo sino que se remontan á la evolucion de la cultura anterior, se ve que en definitiva los dos casos no difieren más que en el grado, esto es, que su diferencia descansa esencialmente en la medida de la importancia relativa que pretenden por un lado los elementos conservados de la evolucion anterior, y por otro los nuevamente importados. Que bajo este punto de vista se compare el nacimiento del Budhismo en el seno del Brahamanismo con la aparicion del Cristianismo dentro del Judaismo, y se comprenderá mi pensamiento.

Sería un error el creer, sin embargo, que la diferencia de grado ó cuantitativa nada tiene que ver con la diferencia cualitativa. No acontece esto en la naturaleza; las diferencias de grado cuando traspasan cierta medida aparecen como diferencias cualitativas (considérese por ejemplo la diferencia entre el alma de la bestia y el alma humana) y llegan á producir, segun las circunstancias, un cambio brusco de cualidad (recuérdese la modificacion del estado de cohesion que acompaña al ascenso ó descenso de la temperatura). Así es que la introduccion de nuevos gérmenes de ideas y la expulsion de los antiguos principios llevados hasta cierto punto, dejan á salvo la continuidad histórica en su sentido estricto, miéntras que, traspasando ciertos límites, se observa claramente la ruptura con el estado anterior y el advenimiento de una nueva direccion.

Apliquemos estas consideraciones á la marcha que sigue la evolucion de la idea cristiana, y hé aquí la cuestion que se presenta: ¿se ha hecho sentir la necesidad de debilitar tanto la tradicion, que lo que resta no sea capaz de producir el entusiasmo religioso? Después; estas supresiones que han llegado á ser indispensables, ¿no constituyen verdaderas piedras fundamentales de la fe cristiana y no han quitado deseo de habitar un edificio privado de sus cimientos, en tanto que no hayan sido reemplazadas por nuevas piedras las que se le han arrancado? Las reflexiones que hemos expuesto sobre la necesidad general de una religion y la imposibilidad de conservar una, hostil al desenvolvimiento de la cultura moderna, pueden sumir á muchos espíritus sinceramente deseosos del bien de la humanidad en tales angustias, que sin dejar de hallarse convencidos de que los pilares arrancados son ir-reemplazables, se mezan en la dulce ilusion de que una casa de tal modo probada, conserva todavía bastante solidez para invitar á los pasajeros á entrar en ella. Como ya hemos dicho, tal ilusion nada debilitará nuestro respeto personal hácia las dignas aspiraciones de estas personas, mas la probidad científica obliga á aquel, cuya inteligencia no sufre la accion perturbadora de la voluntad, le obliga, deci-

mos, á preservarse de semejante ilusion y á reconocer con franqueza las condiciones insostenibles del edificio religioso falseado y derruido en todas sus partes por el espíritu crítico de nuestra época, abrigando la esperanza de que la insuficiencia, una vez afirmada, y la miseria cruel que esto producirá, llegarán á ser el estimulante más enérgico de la investigacion y descubrimiento de nuevas ideas religiosas que vengan á sustituir con ventaja á las que ya están gastadas.

Cuando un negociante rico se declara en quiebra, hará muy mal en abusar de aquello que ha podido salvar del fracaso; pero, ¿cuál será el mejor partido que podrá sacar de su lamentable posicion? Aceptarla cual es en realidad, y desplegar para levantarse pronto la mayor actividad posible. Del mismo modo urge, en nuestro sentir, que examine-mos de más cerca nuestro gran libro para que sepamos cómo nos hallamos en punto á creencias religiosas y hacernos cargo de la relacion que existe: por una parte, entre nuestro *haber* actual y la opulencia de otros tiempos, y por otra, entre este *haber* y las necesidades religiosas que piden ser satisfechas.

A fin de prevenir todo error, hago constar expresamente que no es mi intencion el entrar aquí en polémica con los dogmas fundamentales del cristianismo positivo. Me dirijo tan sólo á los lectores que ya tienen detrás la crítica de estos dogmas, para celebrar consejo con ellos é indagar si el *protestantismo liberal* es capaz, como él lo afirma, de indemnizarnos de nuestras pérdidas, ó en qué direccion hemos de buscar el equivalente de los bienes extinguidos.

II.

MISION HISTÓRICA DEL PROTESTANTISMO.

El que no quiera detenerse en la superficie y sí penetrar en la esencia íntima del protestantismo liberal, debe ante todo persuadirse de una cosa, y es que esta tendencia no es una simple fantasía individual que ha tenido la suerte de encontrar algunos adeptos, sino la consecuencia necesaria del principio protestante que halló franca salida en la Reforma, como la infalibilidad papal representa el término más extremado de las pretensiones contenidas en germen en el principio católico.

El catolicismo declara indispensable la unidad de fe en todos los artículos esenciales; pero ¿qué artículos son los esenciales y cuáles los que no lo son? Esto es lo que se reserva determinar en su calidad de Iglesia, sin que en ningun caso abandone esta eleccion al criterio individual, lo cual no haría más que abrir la puerta á todas las divergencias de opinion en lo que á la fe se refiere. Para él, como para la Iglesia evangélica, los libros canónicos

infallibles son el fundamento de la fe; pero como el sentido que se asigna á estos escritos puede dar lugar á controversia, es necesario, si se aspira á que la unidad de fe sea una verdad, que un supremo tribunal fije la interpretacion de los textos. Si este tribunal no tuviera por guía más que la recta razon humana, sería una exigencia infundada el pedir el «sacrificio de la inteligencia», pero la Iglesia católica estima, y en esto razona muy bien, que el Espíritu Santo no debe intervenir ménos en la inspiracion de los intérpretes supremos de los escritos canónicos que en la de los mismos autores, y que una Iglesia desamparada por el Espíritu Santo, que no hubiera poseído confesores inspirados más que una sola vez hace más de mil años, causaría verdaderamente lástima. Admitida la inspiracion del tribunal supremo, no sólo es supérfluo é indiscreto esperar del Espíritu Santo la inspiracion de todo un Concilio con preferencia á un individuo, sino que aún se encuentra dificultad en explicar por qué esta gracia abandona á la minoría del Concilio; así que, es completamente lógica la idea de que en cada momento, el jefe de la Iglesia es el tribunal supremo de interpretacion, porque, ¿qué medio mejor de asegurar la unidad de la fe que hacer que todas las decisiones concernientes á la fe procedan de una sola cabeza? Siendo el Papa sucesor de San Pedro, no hay razon para que sus bulas no sean inspiradas é infalibles como lo son las Epístolas de San Pedro, por más que este sólo fuera un pescador ignorante. La infalibilidad papal, es, pues, el coronamiento, largo tiempo esperado, de la unidad de fe en el catolicismo, y todas las declaraciones con las que se ha creído conjurar este dogma ó combatirlo, no tienen ningun sentido en boca del que reconoce al Papa como sucesor de San Pedro, y á éste como autor de epístolas inspiradas é infalibles.

Por el contrario, el hombre que niega la infalibilidad de la Iglesia y la posibilidad de una inspiracion divina é infalible, que rehusa ofrecer el sacrificio de su inteligencia, esto es, subordinar á las decisiones doctrinales de la Iglesia una conviccion personal que ha comprobado en el crisol de la reflexion y que se le impone por la fuerza de la evidencia, que protesta, en una palabra, contra la autoridad absoluta de la Iglesia en materia de dogma, y se reserva el derecho de la libre investigacion y la libertad de su conciencia religiosa; este hombre, decimos, difícilmente podrá creer en la inspiracion y en la infalibilidad de los escritores canónicos. De toda suerte, es colocarse en una posicion extravagante en la cuestion referente á la posibilidad del milagro el distinguir de tiempos y negar el milagro actual, afirmando el que aconteció hace 1.800 años.

Los reformadores no comprendieron que su fe en

la infalibilidad de los escritos canónicos, en la que habían sido amamantados, no tenía otro apoyo ni otra garantía que la creencia en la infalibilidad de la Iglesia y de la tradicion eclesiástica. Como la fe en la infalibilidad de la Escritura había penetrado, por decirlo así, en su carne y en su sangre, no sospecharon siquiera que con su protesta contra la infalibilidad de la Iglesia y de la tradicion minaban el suelo que soportaba la fe en la otra infalibilidad, que atacaban el sólido edificio de la gerarquía, cuya ruina, despues de arrancar esta piedra, ya no podía ser más que cuestion de tiempo. Por una parte, habían grabado sobre su escudo el principio protestante de la libre investigacion y de la libertad de conciencia; por otra, pretendían oponerse á la desorganizacion del dogma que sus manos habían comenzado, y prohibir al río de las negaciones el que tocase á ciertas riberas, promulgando, bajo el nombre de formularios, decisiones doctrinales dictadas á su capricho, mostrando gran respeto á los dogmas que por medio de su ingenio habían salvado y entregándose á la ilusion de creer que los hombres permanecerían en el recinto trazado por sus determinaciones arbitrarias, que persistieron en tomar por barreras infranqueables, aún despues de haber visto derrocada la autoridad infalible de la Iglesia, esa autoridad que se fundaba en una inspiracion actual é incesante (1).

Lutero no podía meditar sobre su vida sin que le asaltase cierta inquietud con respecto á la reforma que había inaugurado. Conservamos un testimonio de esto en una declaracion que hizo en sus últimos dias. «Cosa extraña es, dice, y verdaderamente triste, que despues que la pura doctrina del Evangelio ha reaparecido á la luz del dia, el mundo no ha cesado de reinar. Todos toman la libertad cristiana en el sentido que les dicta su malicia carnal. Si yo fuera responsable de esto ante mi conciencia, aconsejaría y coadyuvaría para que el Papa, con todas sus abominaciones, volviese á ser nuestro amo, porque el mundo no puede ser gobernado más que por leyes severas y por la supersticion (2).»

El principio cristiano se ha agotado en la Iglesia primitiva y en la Edad Media. Ser cristiano en aquellos tiempos, era oponer al siglo la vida futura; colocar el centro de gravedad de las almas fuera de las cosas visibles; aborrecer, en fin, al mundo como una

(1) Véase T. A. Muller. *«Cartas sobre la religion cristiana.»* Stutsgent, 1870. Primera carta. «El espíritu de la reforma.»

(2) «Es ist ein Wunder und sehr ægerlich Ding, dass, nachdem die reine Lehre des Evangeliums wieder an den Tag gekommen ist, die welt nur inamer ærger geworden ist. Jedermann zieht die choisliche Freiheit auf fleischlichen Muthwillen. Wenn ich es vor meinem Gewissen Könnte verantworten, so würde ich lieber dasn rathen und helfen, dass der Papst mit allen seinen Groneln wieder über uns Kommen möchte, denn so will die Welt regiert sein: mit strengen Gesetzen un mit Rechten und mit Aberglauben.»

máquina del diablo que tiene por objeto precipitar las almas en la perdición eterna, seduciéndolas con el atractivo de efímeros placeres. Mas convirtiéndose en Iglesia nacional, y por lo tanto en poder secular, el cristianismo había comenzado á alterarse. El fenómeno que había ofrecido primero al budhismo se reprodujo entónces y se presentó al lado del cristianismo *esotérico*, un cristianismo secular exotérico que venía á representar un grado de santidad inferior. A medida que gana en extension y preponderancia el cristianismo esotérico, el esotérico se refugia en el asilo de las órdenes y de los claustros para conservarse puro de toda mancha mundana. Pero al declinar la Edad Media pudo verse la decadencia de las órdenes y monasterios; los múltiples esfuerzos que se hicieron para resucitar el cristianismo esotérico (Hun, Savonarola), fracasaron ante el alejamiento, cada vez mayor, de la idea cristiana que la época ofrecía, hasta que al fin la Reforma, con la abolicion de las órdenes religiosas, echó al suelo el templo vacío que por largo tiempo diera abrigo al cristianismo esotérico, y se atuvo al cristianismo secular esotérico, que aún secularizó más.

Aunque por su alianza con el renacimiento del antiguo paganismo, el principio protestante haya dado un impulso enérgico á la secularizacion de la Edad Media cristiana atacada ya por su base, no se emplearía una expresion muy exacta llamándole el matador del cristianismo. En realidad no ha sido más que el *sepulturero*. El protestantismo desgarró un organismo privado de vida, y el esfuerzo que hizo el catolicismo para volver á su trono y luchar contra el adversario, tan de súbito robustecido, no fué más que la galvanizacion de un cadáver. De hecho, desde la Reforma, el catolicismo no tiene más que una apariencia de vida; los pueblos católicos habrían muerto para la vida del espíritu si no hubiesen brotado en medio de ellos corrientes anticatólicas y anti-cristianas. El progreso de la cultura moderna es, bajo el punto de vista espiritual, la obra exclusiva del protestantismo y de las tendencias que en el seno de los pueblos católicos, de una manera más ó ménos consciente, sacan partido de las conquistas del protestantismo. Los pueblos católicos serían un *caput mortuum* en la historia, casi como los fieles thibetanos del Dalailama, si su situacion geográfica fuera otra; pero la multiplicidad de los puntos de contacto con los pueblos protestantes pone á éstos y á su desenvolvimiento constantemente en peligro y les obliga, por consecuencia, á emplear todos los recursos de su actividad.

Cuándo despues de varios siglos de opresion, de tormentos y de verdugos se abrió paso el principio protestante, halló la idea cristiana, en el sentido verdadero de la palabra, convertida en un cadáver;

mas en tanto que el catolicismo trataba de momificar estos despojos para que se conservasen las apariencias de la vida, la mision histórica que le cupo en suerte al protestantismo fué el hacer la autopsia del cadáver, consignar de un modo oficial que la vida había cesado despues de hacerle solemnes exequias, á fin de cerrar definitivamente el ciclo de evolucion de la idea cristiana. Su obra dogmática no fué otra cosa que una negacion, una destruccion, una demolicion. Si acentuó y desarrolló ciertos dogmas, es porque quería compensar las sustracciones que verificaba, y estas compensaciones bien pronto desaparecieron por el trabajo de disolucion que se llevaba á cabo bajo la accion de la crítica, porque en una materia como esta dos ó tres siglos no son un período muy largo.

Si en lo que se refiere á la teoría el principio protestante del libre exámen, dirigido por la razon, se manifiesta así puramente destructor, en el dominio práctico, ofrece por el contrario, una eficacia positiva: sólo que esta eficacia positiva no es cristiana. Estudiemos esto. ¿Cuál es en moral el principio del cristianismo, principio que no admite ninguna transaccion? El principio de la obediencia á la voluntad divina expresada en la Sagrada Escritura; lo demas es accesorio, como, por ejemplo, la cuestion de saber qué móviles psicológicos (la esperanza de la recompensa y el temor al castigo, el amor, la accion misteriosa de la gracia ó cualquiera otra cosa) son los que intervienen para procurar la observancia del mandamiento *heterónimo*, emanado de la divina autoridad. En el catolicismo, la Iglesia interponía su mediacion entre Dios y el hombre, y por conducto del Papa ó del confesor daba la solucion divina de los problemas morales; el principio protestante suprime el intermediario, y coloca frente á frente al hombre y á Dios, manifestando su voluntad en las Sagradas Escrituras. De este modo la dogmática evangélica no abriga la intencion de romper con el principio de la heteronomia, y no es con respeto á Dios, sino con respeto á los intermediarios sin mision, por lo que reivindica la libertad de conciencia. Mas el resultado realmente es muy distinto, porque el protestante ya no puede estar seguro directamente de la voluntad divina, sino que se ve precisado á acudir á las Escrituras, y dentro de estas á la luz de su conciencia *autónoma*, distinguir entre las declaraciones que expresan genuinamente la voluntad divina y las que no tienen la importancia de una revelacion. Esto es decir, que, de hecho, la conciencia del protestante queda erigida en tribunal supremo y único sobre las cuestiones morales, que á la heteronomia ha sucedido la autonomía. Si se abandona ó no de este modo el terreno cristiano, no es cosa que ofrezca dificultad; pero al prevenir la transicion de

la heteronomía, de la sumisión á la ley, significada y personificada exteriormente por el confesor á la autonomía de la conciencia moral de la persona, el protestantismo es para el pueblo el más grande de los bienhechores; cumple una especie de función *propedéutica* haciendo que suceda al estado de servidumbre bajo la ley, la situación en que el individuo regula su vida en conformidad con sus propias inspiraciones; en una palabra, es el educador que prepara al pueblo para el uso ordenado de la libertad. Los pueblos á quienes ha faltado esta enseñanza, cuando llega la hora de la emancipación son presa de un radicalismo que ignora todo deber y no reconoce más que derechos. El protestantismo, pues, al mostrarse subversivo con respecto á lo que es específicamente cristiano (la obligación de hacer la voluntad de Dios) en la esfera práctica, como lo es en la esfera teórica, suscita á la vez una cosa nueva y positiva, y esta novedad tiene más valor que lo que destruye; desgraciadamente no se le pueden prodigar los mismos elogios por sus trabajos sobre el terreno teórico, en el cual su talento termina en la pura negación.

Apénas es necesario añadir que el protestantismo realizó la obra de que hablamos de un modo completamente inconsciente, y que en cada una de sus fases imagina poseer intacto todavía el cristianismo específico, verdadero y depurado. Esto se concibe muy bien: para poder darse cuenta del término de esta evolución, es indispensable no estar envuelto en ella y seguir con ojos despreocupados el curso de la historia en sus diversas fases. Mas, que el último grado alcanzado hasta el día, el protestantismo liberal moderno, sea por una parte la consecuencia legítima del principio protestante, y que, por otra, haya llegado con su trabajo de zapa hasta un punto en el cual lo que él llama cristianismo no puede ocultar su vacío interior y su indigencia religiosa, es un hecho sobre el que han cesado muchos de hacerse ilusiones, y que no puede ménos de ser reconocido por todos con el tiempo: ahora bien, concedidos estos dos puntos, la misión histórica del protestantismo está demostrada *ipso facto*.

Una aparición histórica de la importancia de la idea cristiana, aunque muerta anteriormente, no desaparece de un día para otro de la escena de la historia; la desaparición debe efectuarse por partes, y á consecuencia de una disolución gradual. Una oposición tan radical como la que existe entre la edad media cristiana y la cultura moderna, no se presenta como un salto brusco, sino más bien como una transición insensible de momentos sucesivos en la que los elementos constitutivos que luchan se mezclan en proporciones distintas, fenómeno que recuerda aquel otro con que de dos cuadros

pintados sobre el mismo lienzo, el uno se destaca siempre con mayor pureza, mientras el otro se disipa cada vez más. El protestantismo no es más que la estación de descanso en la travesía del cristianismo auténtico, muerto decididamente para las ideas modernas, que son el fruto de la civilización, y que sobre los puntos más capitales se hallan en completo desacuerdo con las ideas cristianas; es un tejido de contradicciones desde su nacimiento á su muerte, porque en cada fase de su vida se tortura por conciliar lo inconciliable. El catolicismo que aún hoy, después de un prolongado letargo, se acuerda de lo que constituye su íntima creencia, y con el mérito del valor y de la consecuencia declara en el *Syllabus* y la *Encíclica* una guerra de exterminio á todo lo que constituye á nuestros ojos las más bellas conquistas del espíritu; el catolicismo ha visto con claridad la posición insostenible y las mortales contradicciones del protestantismo: en los círculos católicos se enseñaba que el principio protestante debía terminar forzosamente con la disolución del protestantismo, y se esperaba sin impaciencia, pero con cierta satisfacción maligna, el acontecimiento inevitable. Hay más seguramente que una fortuita coincidencia en que el catolicismo haga sus últimos esfuerzos por el afianzamiento y la concentración de su poder, en el momento mismo en que el protestantismo se halla ocupado en sacar las últimas consecuencias de su principio y en la tarea de desnaturalizar el cristianismo ha llegado al último extremo, mientras que por el hecho mismo de su contradicción, cada vez más patente en el principio protestante, las tendencias conservadoras del protestantismo se esfuerzan en perder el poco crédito que les queda (1).

EDUARDO HARTMANN.

(Continuará.)

LA LEGISLACION PORTUGUESA.

P. J. DE MELLO FREIRE: «HISTORIA JURIS CIVILIS LUSITANI.»—A. C. DO AMARAS: «MEMORIAS PARA A HISTORIA DA LEGISLAÇÃO E COSTUMES DE PORTUGAL.»—M. A. COELHO DA ROCHA: «ENSAIO SOBRE A HISTORIA DO GOBERNO ET DA LEGISLAÇÃO DE PORTUGAL.»—CÓDIGOS MODERNOS DE PORTUGAL DE 1841 Á 1876.

Es punto el relativo á la legislación en el cual la nación vecina, tan rica en homéricos empeños, gloriosas peripecias é imponentes vicisitudes, puede basar sólidamente una buena parte de sus por otro

(1) Véase sobre esta materia á Paul de Lagarde, doctor en teología y profesor ordinario en Gotinga. (*Sobre las relaciones del estado alemán con la teología, la iglesia y la religión.*) Gotinga, Dieterich, 1875, en particular lib. 25 y 41.

lado extrañas é inasequibles pretensiones; porque, á decir verdad, pocos pueblos como él han conseguido formar cuerpos legales, distintos en mayor ó menor grado de los demas de su tiempo, y caracterizados de una manera que bastaría su reflexiva lectura para reconocer en ellos á la sociedad lusitana en cuanto tiene de singular y de propio. Y si á esto se añade la circunstancia de que los progresos últimamente realizados en el orden especial de la codificación y en la esfera general de la vida jurídica positiva de Portugal son tales, que bien puede afirmarse que emulan (si es que á las veces no exceden) á los reconocidos y celebrados de los pueblos que van en nuestros dias á la cabeza de la civilización, se comprenderá perfectamente el interes que doy á esta parte de mi trabajo sobre la sociedad portuguesa y el amor con que los doctos de las riberras del Tajo ponen los ojos en esta faz de la existencia de aquel pueblo de esplendorosas inverosimilitudes y deslumbradoras magnificencias (1).

Con recordar que hasta el siglo XII la vida portuguesa fué la de toda la Península ibérica, dicho se está que las leyes por que el vecino reino debió regirse ántes de la proclamacion de D. Alfonso Enriquez fueron, primero, las de la sociedad provincial romana, pues que los romanos llegaron á dominar completamente la antigua Lusitania, á despecho de los Viriato y los Sertorio, y merced á los esfuerzos de doscientos años, que concluyen en el periodo de Julio César y César Augusto: luégo, las de los godos, bajo el régimen de la ley de razas, pues que la invasion de la Lusitania por vándalos, suevos y alanos en los primeros dias del siglo V fué tan rápida como infecunda, y sólo los visigodos llegaron á fines del siglo VI á echar raíz en aquella tierra, como en toda España; y, por último, las del periodo de intimidad y confusion de godos y romanos, que arranca del siglo VII pasa por cima de la rota de Guadalete y la invasion arábica, y llega á la instalacion de la corte asturiana en Leon.

Es decir, que la Lusitania fué regida al principio por las leyes que las provincias romanas recibían del pueblo-rey cuando eran declaradas tales provincias (*formula provinciae*); por las que se expedían despues expresamente para su gobierno; y finalmente, por los edictos de sus magistrados propios, cuya coleccion se apellidó *Edicto Provincial*. Más tarde, en el siglo I de nuestra era, Vespasiano concedió á toda la España el *jus Latii*, y Caracalla en el siglo III, borrando todas las diferencias de origen y localidad, hizo partícipes de la plenitud del Derecho romano á todos los súbditos del Imperio.

La invasion de los bárbaros trae la legislación de razas. Los vencidos, los romanos, viven á la sombra de aquel Código llamado *Breviario de Aniano*, y que formó Teodorico en el siglo VI con libros del Teodosiano, *novelas* de Teodosio, Valentiniano y otros emperadores, las Instituciones de Gayo, las Sentencias de Paulo, fragmentos de Papiniano y varios títulos de los Códigos Gregoriano y Hermogeniano. Los vencedores, los godos, ó mejor los visigodos, se rigen por sus tradiciones, sus prácticas y las leyes coleccionadas por Eurico á mediados del siglo V.

El progreso de los tiempos, el contacto de las gentes, la influencia del cristianismo y la accion de los célebres Concilios de Toledo trajeron la fusion de las razas, y el célebre Fuero Juzgo de fines del siglo VII (casi del VIII); y las prescripciones de este Código constituyeron la base, ó, mejor, la trama de aquella sociedad, deshecha por sus vicios más que por la implacable cimitarra del mahometano, y recompuesta entre los riscos de la España septentrional, al influjo del patriotismo ofendido, la religion ultrajada, el valor provocado y la honra atropellada; que estas violencias y estos llamamientos eran necesarios para sacar de su miseria á los contemporáneos y sucesores de reyes como Witiza, prelados como D. Opas y nobles como D. Julian, representacion cumplida de una época de corrupcion y decadencia.

De la propia suerte que á la luz de la reconquista y en torno al Fuero Juzgo hicieron su aparicion en la historia española los Fueros y Cartas-pueblas de Brañosera, Oviedo, Cardesia, Melgar de Suso, Castrojeriz, etc., etc., hasta llegar al famoso de Leon de 1020, que confirmado por el Concilio de Coyança (Valencia de Don Juan) en 1050, fué ley en toda Galicia, Astúrias y Portugal, es de creer que existiesen Cartas y Fueros en el territorio que á poco fué dado en feudo al descendiente de Hugo Capeto, que casó con la hija primogénita de D. Alfonso VI de Leon y Castilla. Pero ni de aquella época confusa y abigarrada, ni aún de la coetánea y la posterior á la instalacion de la monarquía de los Enriquez y la aparicion del reino lusitano, ha conseguido la diligencia de los eruditos é historiadores vecinos presentar documentos fehacientes, llenando de tal modo un considerable vacío en la Historia jurídica de Portugal. El ilustre Herculano, para estudiar el progreso de la vida municipal en su país, despues de la renovacion lenta de ésta en la monarquía leonesa, ha menester fijar los ojos en la *Carta moris* ó contrato de los monjes de Lorvao con los agricultores de alrededor, fechado á principios del siglo XII, y en la Carta de D. Sancho I á la aldea de Avó en 1187; y el circunspecto autor del *Ensaio sobre a Historia do Governo e da legislação de Portugal*, el Sr. Coelho da

(1) En esta misma REVISTA he publicado hace meses otro trabajo sobre la historia política y el estado presente de Portugal; trabajo que puede tenerse por precedente del que ahora comienzo.

Rocha, para estudiar esta época del Derecho lusitano, se refiere exclusivamente al «Estado e governo da Hespanha» desde el año 714 hasta la fundación de la monarquía portuguesa.

Con esta se abre ya el período de los datos positivos, y bien que la misma existencia de las Cortes de Lamego, que se dan por celebradas en el año de 1143, y de cuyo seno salieron la consagración de D. Alfonso Enriquez y la independencia lusitana, sea puesta, muy fundadamente, en discusión por la crítica contemporánea, que ha llegado á afirmar que sus actas fueron forjadas á fines del siglo XVI ó principios del XVIII; bien que punto tan capital de la historia jurídica lusitana sea todavía tema de grandes dudas y justificadas reservas, no sucede lo mismo respecto de los acuerdos de otras Cortes, como las de Coimbra de 1211, en las cuales se publicaron por D. Alfonso II las primeras *Leis geraes* del reino hermano, ni aún respecto de otros numerosos Fueros y Cartas-pueblas, como los de Santarem del tiempo de Sancho I, Coimbra, Lisboa, Salvaterra, etc., etc., salidos unas veces de las manos de los reyes en provecho de los pueblos, los monasterios y los señores, y otras de los señores y el clero en favor de los pobladores y colonos.

Las *Leyes generales* de Alfonso II fueron la primera demostración de la existencia de la realeza lusitana. Bastaría la extensión y generalidad de sus preceptos para darles aquel carácter, viniendo como venían á imponerse á un mundo de exenciones, diferencias y particularismo, donde hasta el derecho y los intereses de la civilización, amparados tras los muros de las nacientes ciudades y el poder de los restaurados municipios, revestían la forma del privilegio. Mas fuera de esto, se hallaba el contenido mismo de las *Leyes* aludidas, que no deja la menor duda respecto de su espíritu y alcance. La creación de jueces independientes y de elección popular; la limitación de las adquisiciones territoriales del clero; la negación de los privilegios de clase, favorables á los nobles en los contratos de estos con las gentes del estado llano; la prohibición de los combates singulares y las venganzas particulares, sometiendo en cambio los delitos y los crímenes á la acción de la justicia, y la conversión dulce y por medios pacíficos de judíos y moros, vienen á ser la materia de las *Leyes geraes*, cuya promulgación inaugura la serie de disposiciones de carácter análogo que llenan el período de más de doscientos años que se extiende hasta la aparición de las *Ordenanzas Alfonsinas*, y en el que destacan la *Lei das sesmarias* de 1375 (por la cual se expropiaba al dueño de tierras abandonadas y se contenían las vejaciones causadas por los hidalgos á los labradores), la *Lei da avoenga* (por la cual quedó establecido el derecho de retracto familiar, y abierto

el porvenir de los *morgados* ó mayorazgos, de escasa ó ninguna importancia á fines del siglo XIV), las leyes de 1376 que instituyeron la *bolsa* de seguros para los barcos de más de 50 toneladas (después de favorecer á los navieros con numerosos privilegios, como el de sacar gratis de los bosques nacionales la madera para los buques), y por último, las *concordatas* ó concordias de los reyes (principalmente de D. Dionisio) con los prelados portugueses, reunidos en Concilios nacionales, sobre materias eclesiásticas.

Mas alrededor de esta legislación, que podríamos llamar *real* y á la vez verdaderamente portuguesa, se desenvolvía la doble influencia del Derecho romano y el Derecho canónico. Inicióse ésta en los primeros días de la independencia lusitana por el vasallaje en que se constituyó y el tributo que comenzó á pagar el fundador de la monarquía de Portugal, Alfonso Enriquez, á la corte de Roma; y en otra parte he explicado de qué modo el clero se impuso en el naciente pueblo, sin que obstase al progreso de su influencia ni la tolerancia que con moros y especialmente con judíos tuvieron, más aún que los reyes de Castilla, los reyes portugueses; sobre todo en el siglo XIV, ni la violenta resistencia que á sus intrusiones opusieron los monarcas del siglo XIII. Estos, ya se ha visto (1) cómo fueron maltratados y hasta depuestos por Honorio III é Inocencio IV, produciéndose honda perturbación en todo el reino; y respecto de los judíos, también se sabe cómo, antes de finalizar el siglo XIV, desde el advenimiento de la casa de Aviz, la intolerancia triunfó, inaugurándose el período de violencias, cuyo apogeo coincide con el glorioso reinado de D. Manuel, magnífico y esplendoroso en todo si no le diese sombra aquella brutalidad con que en 1497 fueron arrancados á los judíos (que se preparaban á salir de Portugal expulsados y perseguidos al modo que en Castilla sucedió) sus hijos é hijas menores de catorce años para bautizarlos y repartirlos por todo el país, bajo la tutela de los municipios y del Estado.

Databa, pues, de muy antiguo el influjo del espíritu de la Santa Sede en Portugal; pero aquel tomó auge extraordinario cuando, merced al Decreto de Graciano (1152), triunfó el absolutismo en la Iglesia y los ultramontanos tuvieron un texto preciso adonde volver los ojos y de donde tomar inspiraciones. Así se explica cómo en Portugal llegaron á tener fuerza de ley, no sólo en materias puramente eclesiásticas, si que en aquel otro orden de asuntos de carácter mixto, como casamientos, juramentos, etc., etc., respecto de los cuales el poder civil quedó reduci-

(1) *El Portugal de nuestros días*. (Artículos publicados en esta misma REVISTA) y la obra en dos tomos intitulada *La Colonización en la Historia* (Tomo II), que acaba de editar el Sr. San Martín.

do á la insignificancia, y cómo corrían vertidas al portugués en los tiempos mismos de D. Dionisio (á principios del siglo XIV) las Decretales de Gregorio IX, de 1234.

Mas casi paralelamente se alzaba en Europa el estudio del antiguo Derecho romano, y se creaban aquellas Universidades donde el Papado halló sus primeros enemigos. Ocioso es descender en este lugar á la explicacion detallada, así del carácter realista y civil del viejo Derecho romano, como del particular sentido que le dieron su aparicion en el siglo XII y el espíritu de la famosa escuela de Boloña. Ello es que desde el comienzo, el Derecho romano apareció como rival del Canónico, y en Portugal hizo su entrada por medio del gran Código de Alfonso el Sabio y de las cátedras de la Universidad de Lisboa, fundada á fines del siglo XIII por D. Dionisio, y á poco trasladada á Coimbra.

Las *Partidas* castellanas fueron traducidas al portugués de orden de D. Dionisio, de modo que se hallaron luégo á la altura de las Decretales de Gregorio IX, por lo que hace á su inteligencia: y su eficacia fué tal, que en 1361, en las Cortes de Elvas, los prelados se quejaban á D. Pedro I de los jueces «que no querían observar el Derecho canónico, al cual, habiendo sido decretado por el Padre Santo, que hace veces de Jesucristo, debía conformarse todo cristiano mejor que á las leyes de las *Siete Partidas* hechas por el Rey de Castilla, á quien el reino de Portugal no estaba subordinado, sino que, al contrario, era muy independiente de él.»

Y todo esto coincidía en el reinado de D. Dionisio, el rey de los *Concordatos* y de las *Leyes de amortización*, de cuyo tiempo data la emancipacion de Portugal de la corte de Roma (ya que no del sentido ultra-católico), hasta que D. Sebastian, á mediados del siglo XVI, admite y reconoce el Concilio de Trento, *ainda que fosse con prejuicio da jurisdicção real*, haciendo del reino un patrimonio del clero y un feudo de la Santa Sede, que hubiera aniquilado la sociedad lusitana, á no aparecer, despues de otras peripecias, y ya en el siglo XVIII, el rey José y su famoso ministro Pombal.

Hacían, pues, su camino en el siglo XIV el derecho canónico, el derecho romano, el derecho foral y el derecho real, provenientes unas veces de la sola autoridad del monarca y otras de la cooperación de las Cortes. Ya iniciada la tarea de los reyes, dábanse tal arte y tal prisa á desempeñarlas que ya en la época de D. Dionisio se había llegado á intentar la reunion de todas las leyes generales promulgadas desde D. Alfonso II, esto es, en un período de más de un siglo; pero tal obra no llegó á feliz cima hasta 1446, fecha de la promulgacion de las primeras *Ordenacoes* lusitanas.

Fué este el primer Código de Portugal, y una

obra de muchas mayores pretensiones que la intentada por D. Dionisio; pues que en esta compilacion tuvieron cabida leyes de origen y carácter muy diversos, y su propósito fué dar orden á la balumba inmensa de disposiciones legales que doscientos años de irregularidad habían producido natural y necesariamente.

La idea de las Ordenanzas Alfonsinas partió de las Cortes, que propusieron su confeccion á D. Juan I, el fundador de la casa de Aviz y consolidador de la monarquía lusitana; y este propósito no podía ménos de merecer las régias simpatías, así por la significacion que en aquel momento debía tener un Código, digno remate de la política de las *Ley, geraes*, cuanto por la importancia y el ascendiente de que á la sazón disfrutaban en la corte muchos portugueses que habían frecuentado las aulas de Boloña, en cuyo número se contaba el ilustre juriconsulto, ministro de D. Juan I, Joao das Regras. Por todo esto, fué encargado de la obra el caballero y corregidor de la corte Joao Mendes, y por muerte de éste el doctor Ruy Fernandes; pero no cupo al iniciador la gloria de ver rematada la empresa. Sólo en 1446, bajo la regencia de D. Pedro y en la minoría de Alfonso V, nieto del Maestre de Aviz, fué terminado el Código, el cual, revisado por Lobo Vasques, corregidor de Lisboa, y por los *desembargadores* Luis Martins y Fernao Rodrigues, apareció con el ya repetido título de *Ordenacoes Alfonsinas*.

Divídese este Código, á imitacion tal vez de las Decretales, en cinco libros, subdivididos en títulos, todos con epígrafes detallados. Confeccionado con leyes y principios de muy diversa procedencia y sentido bastante diferente, dista lo indecible del exquisito método de nuestras Partidas, de las cuales toma las formas dogmática y discursiva. El libro I trata de la organizacion política y administrativa del reino: el II de las jurisdicciones: el III del procedimiento civil: el IV del derecho civil y la propiedad, y el V del derecho penal y el procedimiento criminal. El Rey nombra los funcionarios, cuya jurisdiccion de él deriva, y confirma la eleccion de jueces hecha por los hombres buenos de cada concejo. La administracion y la justicia están confundidas, y los jueces ordinarios atienden á la vez á entrambas. El gobierno municipal corresponde á las Cámaras ó ayuntamientos, que dos jueces presiden. Los privilegios de los señores ó *donatarios* en sus términos ó *coutos*, y los del clero en sus círculos quedan consagrados, mas se crean los *corregidores das comarcas*, de nombramiento real, que cuidan de perseguir á los malhechores, fiscalizar á las autoridades inferiores y mantener la jurisdiccion real contra las usurpaciones del clero y de los señores, que, por otra parte, están sometidos á la ley *Mental* (de

D. Juan I, y que es reproducida en la compilación alfonsina), en cuya virtud sólo pueden heredar bienes de procedencia régia los hijos primogénitos y legítimos de los donatarios, con exclusión de las hembras, así como de ascendientes y colaterales. Establécense dos tribunales superiores en la corte (la Casa de lo Civil y la de Justicia) para los negocios civiles y criminales en apelación. Regúlase el modo de hacer la guerra. Las *Concordatas* de don Dionisio, D. Pedro y D. Juan, trascritas íntegramente, fijan las exenciones y franquicias, así como los deberes del orden eclesiástico; y todas las formas del procedimiento romano y el canónico son sancionadas. Las diferencias de clase para el efecto de la penalidad y las garantías de que disfrutaban moros y judíos, tienen también su lugar en el Código. El Derecho romano da toda la materia de contratos; y la propiedad territorial, emancipada de la ley *d'avoenga*, vive bajo las formas del *foro*, la enfitéusis, los mayorazgos y la mano muerta.

Incompletas las *Ordenanzas*, Alfonso XV declaró en este mismo Código subsidiarios el Derecho romano y el canónico (este en aquellos negocios que envolviesen pecado): y en su celo de ocurrir á todo, dispuso que en defecto de texto expreso se atuvieran los jueces á las glosas de Acurcio, después á las de Bartolo, y por último, consultaran al gobierno.

Sesenta años vivió esta compilación sometida á las interpretaciones de los casuistas, que en la heterogeneidad de los preceptos legales y en los vacíos del Código, lo mismo que en la autoridad dada al Derecho canónico y á los comentaristas romanos, hallaron inmenso campo para sus desahogos y confusiones. Añádanse á esto los cambios producidos por el asombroso desarrollo mercantil de Portugal, de donde también había desaparecido un elemento social de gran valía: los judíos expulsados por D. Manuel, al mismo tiempo que abría las puertas del país á la Inquisición allí establecida á poco, en 1536, bajo el reinado de Juan III. Consecuencia de todo fué el encargo de hacer un nuevo Código, dado al gran canciller Ruy Boto, el licenciado Ruy da Grã y el bachiller Juan Cotrim, en cuya obra pusieron manos en 1505, siendo terminada y promulgada en 1514, é impresa en este mismo año por Juam Kempis y Juan Pedro Bonhomini, de Lisboa. Este fué el primer Código portugués divulgado por la imprenta, y después de enmendado en 1521, aparece en la historia con el nombre de *Ordenações Manoelinas*.

En esta compilación se observa el mismo desorden que en la Alfonsina, y la distribución de materias es análoga. Diferénciase, empero, en el estilo, que es más conciso, prescindiendo el legislador de la forma doctrinal de nuestras Partidas.

Falta del Código Manoelino todo lo relativo á moros y judíos expulsados ya ú obligados á hacerse cristianos, lo cual no obstó para que la intolerancia religiosa se cebase, bajo el reinado de D. Sebastian, en los convertidos. Por último, el procedimiento civil y criminal es reformado, sentando así un feliz precedente para la reforma mucho más seria y oportuna que realizó el rey Juan III, que sucedió en 1522 á D. Manuel el Afortunado.

Todavía éste dejó otro monumento legal, y fué la llamada *Reforma dos foraes*, trabajo realizado en 1517 por una junta de letrados, bajo la dirección de Fernao de Pina. El objeto de esta *Reforma* fué poner en armonía los antiguos privilegios y fueros con las últimas leyes generales, concluyendo con las confusiones que su incompatibilidad y su inconsecuencia producían en el orden general del derecho lusitano. Al efecto fueron coleccionados con poco arte y sobrada prisa los Fueros, suprimiéndose de ellos lo que quedara en desuso ó había sido derogado.

Pero, como ya he dicho, coincidían estas compilaciones con el período de excepcional crecimiento del pueblo portugués. Amanecían para éste días de singular esplendor. Sus expediciones á Oriente eran coronadas por el éxito más lisonjero; el Brasil se engastaba en el vasto Imperio colonial lusitano, y la vida intelectual del naciente reino se desenvolvía en condiciones de riqueza y brillantez análogas á las de su vida militar y económica. En tiempo de D. Duarte (en 1434), Sagres gozaba de universal renombre, como centro, quizá el primero de Europa, de matemáticos y cosmógrafos. En tiempo de Alfonso V (hacia 1450), el Papa Eugenio IV hallaba motivo para la bula en que concedió á Portugal todas las tierras que descubriese é indulgencia plenaria á sus marinos. Bajo Juan II (en 1486) se firma el célebre Tratado de Tordesillas, que estableció la línea de demarcación de los descubrimientos y territorios de España y Portugal. En el reinado de D. Manuel alientan Vasco de Gama, Almeida y Alburquerque, y en el período de D. Juan III, Lisboa es tal vez la primer plaza mercante del viejo mundo; y la Universidad de Coimbra, cuyos estatutos habían sido reformados por D. Juan I en 1431 y después por D. Manuel, enriquecida con sabios profesores hechos en París y Bolonia, recibe un nuevo reglamento y una dotación verdaderamente grandiosa, atrayendo á su seno á los doctos de toda Europa y eclipsando á la mayor parte de las escuelas de la época. El Brasil abre su seno y ofrece inagotables riquezas. Entónces canta Camoens, después de haber escrito Barros, Lobo y Corte-Real. El pueblo lusitano llegaba á su apogeo al mediar el siglo XVI.

Por tanto, las relaciones sociales debieron tomar un desarrollo extraordinario, y consiguientemente

aumentó la materia jurídica. De aquí un número cada vez creciente de leyes, promulgadas en la segunda mitad del siglo XVI, en los últimos días de la casa de Aviz: de aquí las nuevas leyes de D. Manuel, las de D. Juan III, sobre todo la Reforma judicial, y las de D. Sebastian, todas las cuales fueron reunidas por Duarte Nuñez de Leao en una Compilación confirmada por decretos de la Regencia de 1569, y dividida en títulos y seis partes, de las que la primera trata de los oficios y regimiento de oficiales; la segunda, de las jurisdicciones y privilegios; la tercera, de las cosas judiciales; la cuarta, de los delitos y sus accesorios; la quinta, de la hacienda del rey; y la sexta, de las cosas extraordinarias. Esta última comprendía dos títulos, uno intitulado: «De la revocación de algunas Ordenanzas», y comprende varios puntos de economía y policía; otro, «De algunas capitulaciones y del asiento de las paces entre los reyes de Portugal con los de Castilla.» Con posterioridad, en 1570, Francisco Correa, coleccionó las leyes publicadas en el reinado de D. Sebastian, durante cuya minoría había sido hecha la Compilación de Duarte Nuñez.

Una y otra sirvieron para la reforma que de la *Manoelina* mandó hacer Felipe II de España á poco de instalado en el trono portugués; obra llevada á cabo por Paulo Affonso, Pedro Barbosa, Damiao Aguiar y Jorge de Cabedo, y promulgada por Felipe III en 1603. La reforma versó en su mayor parte sobre la administracion de justicia, y se hizo singularmente en el libro primero del Código de 1524. Allí tuvo sitio la creacion de la *Relação* ó Audiencia de Oporto, y el enaltecimiento del Tribunal Supremo ó *Casa de Supplicacao* de Lisboa; allí el reglamento del *Desembargo do Paço* de 1582 (especie de Corte suprema de Gracia y Justicia, ideada por Juan I), los *juezes de fora* (institucion de D. Manuel, en cuya virtud los cargos judiciales habían de ser trienales, y los jueces bachilleres en derecho y extraños á la localidad), y la *órden do processo civil* de Juan III.

En otro punto tambien, y muy grave, introdujo cambios la Reforma de los Felipes, y fué en lo relativo á exenciones y privilegios de la Iglesia. El establecimiento de la Inquisicion, la aparicion de los jesuitas, la creacion y envío de los legados pontificios, las exenciones de la jurisdiccion episcopal ordinaria decretados por Roma, la Regencia del reino desempeñada por el cardenal Enrique durante la minoría de D. Sebastian, el misticismo de éste y la admision incondicional del Concilio de Trento, no sólo habían hecho de Portugal en los últimos días de la dinastía Aviz casi un convento, si que habían restaurado la influencia de Roma, en agravio de los fueros de la Iglesia lusitana. De tal suerte dañó esta política á la sociedad portuguesa, que

sólo á su efecto maléfico puede atribuirse la facilidad con que Felipe II, tan mal querido como extranjero y como español, puso no obstante á un lado á los demas pretendientes, entre los cuales se hallaba, para escándalo de la civilizacion moderna, el prior de Crato.

De esta suerte, los esfuerzos de D. Dionisio, el autor de las Leyes de amortización de 1374 y de don Pedro, el implantador del *plácito regio* en Portugal, venían por tierra, y las mismas leyes del libro II del Código Manoelino (que por cierto distaba bastante del espíritu de los reyes del siglo XIV) eran corregidas en un sentido favorable á las pretensiones del ultramontanismo.

Desde esta época hasta fines del siglo XVIII la historia portuguesa no ofrece otro Código alguno. Numerosas y trascendentales leyes sí se presentan, y aún colecciones particulares y de carácter oficial, de estas, como la que en 1747 hicieron los religiosos de S. Vicente de Fora (dicha por esta razon *Vicentina*) acompañando á una nueva edicion de las Ordenanzas de Felipe II. Sin embargo, Juan IV, el antiguo duque de Braganza, al ocupar el trono arrebatado á la corte de España, despues de los *sesenta* años de cautiverio de que hablan tristemente todos los historiadores de Portugal; Juan IV, repito, se habia prometido hacer un nuevo Código, y doña María, la sucesora de José I, encargada de anular la obra de Pombal, puso en este punto su atencion. Pero á aquel le estorbaron las *circunstancias de la guerra*, y ésta, que en 1778 encomendó la tarea á una junta de jurisconsultos, no pudo aprovechar ningun trabajo.

Repétíase, pues, en la segunda mitad del siglo XVIII lo que había sucedido ántes de las Ordenanzas Manoelinas: tornaba la confusion y la oscuridad por el excesivo número de leyes particulares, inconexas y contradictorias. Mas ahora las sombras eran mayores, debido primero á la autoridad que la reforma de 1603 dió á los comentaristas del Derecho romano, y segundo, al valor que comenzaron á alcanzar los *asentos* ó sentencias de los tribunales. Por virtud de aquella autorizacion, eran ley las doctrinas de Acursio y Bartolo (en defecto de texto romano ó canónico), cuando «la opinion comun de los doctores no les fuese contraria», lo cual no sólo era un retroceso, pues que desde Cujacio los glosistas habían perdido la importancia que comenzaron á alcanzar el espíritu y la razon misma de las leyes, sino que produjo que los alegatos y las sentencias se convirtiesen en un mundo de citas de autores, sin dar parte alguna en la resolucion de las cuestiones á la razon y al derecho. Además de esto, el vicio de juzgar los negocios por los fallos dados en casos análogos, produjo no menores confusiones y embrollos.

Por esta vía el Derecho portugués vino á ser á fines del siglo XVIII un *mare magnum* donde todo era posible ménos orientarse y marchar; y así hubieran continuado las cosas—en natural paralelismo con la decadencia del pueblo lusitano—si á este orden no hubiera llevado también su poderosa mano el célebre Pombal.

Suya es la *Ley da boa razao* de 18 de Agosto de 1769, digna del hombre ilustre que proclamó la abolición de la esclavitud en Portugal y borró las diferencias de cristianos viejos y nuevos, inspirándose, por un esfuerzo gigantesco de audacia, de talento, de genio, en el númen de la revolución contemporánea. Por la ley de 1769 quedó establecido que el Derecho romano sólo supliese al portugués en tanto que sus disposiciones fuesen conformes al derecho natural, al espíritu de las leyes patrias y al gobierno y circunstancias de la nación. El canónico sólo podía ser invocado ante los tribunales eclesiásticos y en materias espirituales. Las glosas y doctrinas de jurisconsultos no tendrían más valor que el puramente científico. Solo la *Casa da supplicacao* quedó investida del derecho de interpretar leyes y hacer jurisprudencia; y por último se estableció que en los negocios políticos, económicos, mercantiles y marítimos tuviesen el carácter de subsidiarias las leyes de las naciones civilizadas de Europa.

Sólo esta ley bastaría para levantar la figura de Pombal, á quien no he titubeado en apellidar en otro trabajo *un precursor*.

RAFAEL M. DE LABRA.

(Continuará.)

LA POESÍA EN NUESTRO TIEMPO.

Cumple el hombre su vida y sobrelleva la carga de su destino precedido de un pasado que le guía, en un presente que no le satisface, y presintiendo un porvenir que no conoce; y mientras la conciencia humana siga alentando con nobles aspiraciones é insaciables deseos en busca de un ideal cada vez más amplio y progresivo, siempre más elevado y sublime, continuará siendo el *arte* un fin imprescindible, una necesidad indeclinable y una forma imperecedera de la existencia humana.

Lo que se ama y desea; el símbolo de aquello á que aspiramos; la tendencia innata á algo que se presiente y no se ve; lo sublime en el sentimiento; lo verdadero de la inteligencia; lo bueno y lo mejor en el carácter moral; el *más* indefinido: hé aquí lo que constituye la rítmica y bella expresión del arte, y muy especialmente del arte por excelencia, de la poesía, que define Campoamor en fórmula

concisa y en expresión plástica, diciendo que la poesía consiste en *pensar alto, sentir hondo y hablar claro*.

Procede la facultad poética en el hombre del maravilloso concurso de todas sus fuerzas y potencias, sin que baste para que fructifique su fecundo germen la claridad del pensamiento, ni sea suficiente la sublimidad de nuestras emociones, ni logre su término natural lo íntegro del carácter moral; porque todas estas circunstancias, que son condiciones inherentes á la producción artística, duermen el eterno sueño del olvido en el fondo del alma humana, y quedan como elementos híbridos cuando no llegan á ser vivificadas por el semi-divino contacto de la inspiración genial. ¡Ah! es que el arte, comercio sublime de lo real con lo ideal, identificación suprema de los medios sensibles de que el artista se vale con la concepción suprasensible que su inspiración le sugiere, es obra que se produce en toda la infinita complejidad de nuestras fuerzas, condensadas en un momento dado en síntesis poderosa. El arte, como fin de la vida, en cuanto forma que expresa fases eternas y aspectos indescifrables de la existencia, se elabora y concibe, germina y fructifica, aparece y brilla en el fondo insondable del alma humana, en el centro refulgente de la conciencia.

Poco importa, pues esta no pequeña ventaja ofrece el estudio del arte, el sentido escolástico que se atribuya á la cualidad de la conciencia. Circunscrita á ser depuración intelectual de las sensaciones que son entre sí diferentes ú homogéneas, según pretenden los más empedernidos partidarios del moderno positivismo, ó elevada á cualidad superior, por ser la primera del hombre, como quieren otros, siempre resulta que de la interioridad de nuestra naturaleza, del hombre interior, que decía San Agustín, dimanar, si no los primeros elementos, la combinación admirable y el concierto adecuado entre lo real y lo ideal, á que debe su existencia la obra artística.

Piensa ó concibe, experimenta ó siente el hombre la realidad de las cosas, se asimila su apariencia externa, y al expresar sus más vivas emociones, hace que estos estados pasen por el tamiz de su *fantasía ó imaginación*, donde, por coincidencia nunca bastante examinada, se *corporalizan* las más altas concepciones y las más elevadas ideas de su alma, y se *espiritualizan* las más ínfimas y materiales percepciones de los sentidos.—En la Fantasía, mundo intermediario entre el espíritu y el cuerpo, entre lo interior y lo exterior, adquiere vida y existencia la obra artística; pero ¿de qué suerte, merced á qué misterioso procedimiento? se pregunta la impertinente curiosidad del crítico. ¡Fútil pregunta! Jamás hallaron contestación á ella los retóricos que

fueron; hasta el presente no la han resuelto los modernos estéticos; posible es que los futuros críticos obtengan igualmente resultados ineficaces, pues olvidan que el arte es obra de la inspiración del genio, tan completa é íntegra, tan individual y singularísima en medio de su universalidad, que nace como hecha de una pieza, de igual modo que salió Minerva de la cabeza de Júpiter. El arte excede los límites de la crítica más sutil y escapa á las observaciones más perspicuas, porque existe, dice Víctor Hugo, en el espíritu humano una cima, que es el ideal, á la cual baja Dios (*Deum passus est*), y asciende el genio (*Sacerdos magnus*). Tal es el misterio que preside á toda obra de arte, que,

A los ecos de su nombre,
Que aromas de gloria lleva,
El hombre hasta Dios se eleva
Y Dios desciende hasta el hombre (1).

Sería fácil hallar en todos los verdaderos genios signos bien claros de la misteriosa gestación á que son debidas sus más inspiradas creaciones, signos semejantes al *demonio* de Sócrates, á la *ninfa Egeria* de Numa, á la *paloma* de Mahoma y al *Lust zu fabuliren* de Goethe, y de que no se hallaban libres ni aún las almas por demas despreocupadas de Byron y de Heine. Semejantes signos no resuelven, ni tal es nuestra pretension, el misterio que guía el ritmo de la palabra ó dirige el pincel de Murillo ó el buril del escultor; antes bien entendemos que el mérito singularísimo del verdadero genio está en este *quid divinum* que preside á la confección de sus obras, y que es eminentemente superior á todas las reglas de los críticos, parecidos en su obra demoleadora y negativa á los *políticos de bastidores*, que hacemos siempre una ruda y *consecuente* oposición á todos los poderes organizados en la firme convicción de que jamás nos faltará materia para aplicar continuamente el escalpelo de nuestra acerada crítica. Dómines impenitentes que nunca damos paz á la mano ni á la palmeta, disgregamos los elementos de toda obra artística, aplicamos á su exámen el caudal sin fin de nuestra experta observación, tachamos estos recursos de gastados, tildamos aquellos medios de antiestéticos, presumimos que tales incidentes son impropios, que semejante desenlace es ilegítimo, que estotro efecto no es lícito; y por cima de todas estas profundas disquisitorias, verdaderos tiquis-miquis, que diría el Sr. Valera, la conciencia humana encuentra destellos de genio, aplaude situaciones en que descubre grandes bellezas y se extasia ante las llamaradas del talento, porque la obra artística es suprema condensación del ideal más que prosaica disgregación de elementos juxtapuestos. Esta misteriosa gestación nace—y en el

arte nacer equivale á llegar al apogeo—en el mundo de la fantasía, donde descienden del cielo de las ideas las inspiraciones geniales, y suben para depurarse las representaciones plásticas del medio sensible usado por el artista.—El consorcio de ambos elementos se cumple en la Fantasía; ¿de qué modo? Inconscientemente quizá, con reflexion tal vez, pero hallando y encontrando, siempre que la obra es verdaderamente artística y excede la línea vulgar de las medianías, el adecuado concierto de lo real con lo ideal, para cuya empresa no ha descubierto ni es de presumir que en lo sucesivo encuentre reglas la misión invasora que se atribuye en nuestros tiempos la crítica.

Como la poesía procede del fondo de la conciencia humana, como el arte canta aquello que goza de una eterna primavera, es decir, las luchas y aspiraciones del hombre en busca del ideal, revelan poesía y arte en los tiempos presentes cierto carácter de indeterminación, señales confusas de tentativas sin resultado, y marasmos indiscernibles, que son otros tantos desprendimientos naturales del estado actual de la conciencia humana, la cual, lealmente consultada, muestra cuán fuera de su asiento y huérfana de principios se halla en todas las producciones que han dado en llamarse la *literatura enfermiza del siglo*.

Verdadera representación del *Fausto* de la leyenda, que paga su tributo de admiración á las tradiciones que desaparecen, que se hastía y cansa de un presente cuya indeterminada ebullición no se explica, que intenta en vano recomposiciones parciales y concordias fugitivas entre lo que fué y lo que existe, que entreve, gracias á las llamaradas del genio más que á las especulaciones reflexivas del pensador, algo de lo que encubre el tupido velo del porvenir; aparece hoy la conciencia de los hijos del siglo XIX entregada á suplicio semejante al de Tántalo y á empresa gigantesca para la cual faltan fuerzas á cada momento, según enseñan las decepciones de los hombres, lo contradictorio de las ideas y la poca consistencia de los caracteres.

Ante semejante vértigo, es también vertiginosa la carrera proseguida por el genio, hoy amante decidido de la tradición y buscando como artista y como poeta el ideal en lo que fué, mañana enemigo del pasado y maldiciente de lo actual en un pesimismo que desespera y acerba los dolores del alma, como se observa en Byron, Leopardi y nuestro Campoamor, y, por último, convertido en Sibila misteriosa cuya vista penetrante se dirige contra la densidad del porvenir, indaga la clave del enigma y se convierte en *vate* y profeta, para el cual la salvación del arte y de la vida se halla en el Oriente y no en el Poniente. En medio de tan opuestas fases sigue el poeta siendo tal, y recorre el genio todos

(1) Bernardo Lopez Garcia.—Poetas.—El arte.

estos distintos puntos de la indefinida órbita de la conciencia humana, sin que pueda tildársele de inconsecuente porque busque la belleza en toda la complexión que la vida presenta. Ejemplo elocuentísimo de ello ofrece V. Hugo, legitimista y entusiasta de la tradición en su infancia, orleanista más tarde, decidido partidario del genio de la guerra después, con su culto á Napoleón el Grande, para convertirse, por último, en poeta del porvenir, en vate que pretende cantar y adivinar á la vez. ¿Cómo sancionar tan encontradas metamorfosis? Teniendo en cuenta que el arte procede del seno de la conciencia humana, y no olvidando, según dice el mismo V. Hugo, que la conciencia del poeta, más que la consecuencia estadística é inmóvil de un individuo, es la conciencia del siglo en que aquel aparece y vive.

Cuando el poeta aspira á reflejar en ecos sublimes la simpática resonancia de la sociedad en que existe, la poesía no perece, los dioses no se van, y los ideales no mueren, siquiera el fondo poético se transforme, los recursos artísticos sufran innovaciones, y los ideales progresen en el grado en que aparece más imposible circunscribirlos á fórmulas inflexibles. Mientras el hombre sea hombre, tendrá que expresar sus insaciables aspiraciones á lo bueno y á lo bello, vivirá en un eterno hastío de un presente que no le satisface, y esperará *algo mejor* que quizá no sabe si colocarlo en esta ó en la otra región de su alma y del horizonte de la vida, é ignora tal vez el medio para lograrlo; pero todo ello constituirá para la inspiración del genio un fondo indeterminado cuyos límites no se alcanzan, cuya dirección se presiente, cuya amplitud deprime, pero cuya persistencia da fundamentos incontrovertibles á la *eternidad del arte*, que alienta y vive en el corazón humano para dar relieve continuo á la aspiración al *más y más* que canta Campoamor en sus dolores y que presintió la opinión común en la leyenda de Ahsverus.

Merced á este principio, el arte, que es algo más que vanos desahogos y pueriles entretenimientos del poeta; el arte, que procede de las entrañas mismas de la vida individual y social, que por cima de los paréntesis transitorios que sufre, supone algo superior á las insulsas jeremiadas de una prematura nostalgia de la vida á que somos muy dados los hijos del siglo XIX, porque nos domina, según decía nuestro Larra, la *preocupación de la despreocupación*, ó gustamos aparentar la hipocresía del vicio; el arte, que es eterno, es á la vez flexible en sus manifestaciones, se adapta al movimiento del oleaje social, y no puede persistir cantando como el pájaro solitario en la selva y extraño á cuanto le rodea, pues por algo es forma y expresión de la vida, y para algo esparce el poeta su pensamiento y

defiende el genio su inspiración, anhelando el *sursum corda*, el concierto entre los hombres que toman su pan espiritual del cielo divino de las ideas depuradas y transformadas cuanto se quiera al incrustarse en la práctica, pero obreras incansables y fecundas, ya que son, como dice Goethe, las madres de la vida.

Es, pues, el arte, á la vez que eterno, susceptible de adaptarse á las condiciones dentro de las cuales el organismo social se desenvuelve; por cuya razón, teniendo en cuenta el estado actual de la conciencia humana, puede afirmarse que el género de poesía más propio de los tiempos presentes es la *Lírica*. Necesita la epopeya para su creación ideales ya hechos, civilizaciones formadas y culturas que hayan recorrido ó estén á punto de recorrer los diversos extremos de su ciclo: ante elementos tan objetivos y de tanto relieve exterior; frente á sucesos tan grandes y heroicos, la personalidad del poeta queda supeditada á la contemplación que requieren; llama el artista á la unanimidad de un entusiasmo que todos sienten y que constituye el hálito común, la atmósfera homogénea en que los hombres viven y alientan; pero hoy, que la opinión devora sus ídolos con igual rapidez que los eleva; al presente, que los pedestales del héroe suelen caer convertidos en escombros para servir de gradas en la escala que conduce al patíbulo de la pública difamación; en estos tiempos, que el organismo social es un atomismo informe, dominado por cierta obsesión de un individualismo indeterminado, ni es posible evocar los tiempos que fueron, porque perturba su juicio el fuego inextinguible de las propias pasiones, ni fuera prudente tomar asunto para las creaciones poéticas de los hechos que se cumplen á nuestra vista, por ser los intereses que á ellos contribuyen encontrados y tan opuestos como los polos del diámetro terrestre.

A la hora presente, según ha dicho el poeta, todo es según el color del cristal con que se mira, y *todo espectáculo está dentro del espectador*; de suerte que es preciso sobreponer á todo la personalidad, retratar sus más vivas impresiones, excitar el interés por la propia emoción, evocar las ideas para embellecer la realidad, tan infiltrada de prosaico positivismo. La *Lírica*, como poesía en la cual predomina la personalidad humana, como obra que aspira á idealizar lo real y á embellecer todo objeto, es el género poético más adecuado á nuestros tiempos, pues en él la creación, ó sea la combinación libre según ideas, bebe sus inspiraciones en fuentes imperecederas, en los elementos fijos que constituyen la savia de la humana naturaleza, en las antítesis más vivas y persistentes de las grandezas y flaquezas del corazón del hombre.

Necesita más que nunca hoy el espíritu humano afirmar su propia realidad, como puerto de refugio desde el cual se puede proceder á la reconstrucción de las ruinas que nos ha legado un siglo de fría crítica y de análisis indiferente; es preciso poner en juego todas nuestras potencias para revelar la universalidad de nuestra naturaleza en medio de las singularísimas condiciones de cada individuo; y para empresa tan colosal, cuyo éxito requiere fuerzas tan privilegiadas, ni sobra la reflexión del pensador, ni están demas las intuiciones geniales del artista; pues si por el pronto aquella y estas pueden parecer entre sí divergentes, conciertan á la postre para asentar en bases incommovibles la realidad humana, el *microcosmos*, sin cuyo precedente el nihilismo se impondría en la vida y fuera un sueño irrealizable adquirir conciencia de la realidad universal, del *macrocosmos*. A esta obra, fecundísima por demas, y cuyos frutos podrá apreciar mejor que nosotros la posteridad, contribuyen poderosamente las tendencias de la *Lírica* moderna. Poesía que penetra por todas las sinuosidades del alma humana, que sondea los profundos abismos del corazón, que despierta sus más viriles energías y evoca ideales que son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos, se acerca por grados á la vida é infiltra en ella sus benéficas y fecundas enseñanzas. En vez de leer, como ántes, composiciones de ritmo inalterable y de majestuosa uniformidad, dedicadas á una ninfa, ó á un arroyo, ó á lo agreste y primitivo de la vida pastoril, oímos resonar las cuerdas de la lira moderna, retratando en variedad de metros, pero siempre con una intención superior, la libertad con Quintana, la patria con Espronceda, y los pliegues más delicados del corazón humano con Campoamor. De esta suerte, sin que decaigan las condiciones plásticas de que se vale el artista, ni pierda en intensidad la belleza, descubren nuestros líricos, por ser más reflexivos, elementos artísticos en la vida toda, en la libertad, en el progreso, en la patria, en el amor, ideales que no morirán nunca, según asegura Lamartine, y que son otros tantos reflejos de la belleza absoluta y divina, cuya manifestación escultural dimana del fondo eternamente bello y sublime de la creación y de la vida.

En este sublime concierto de la profunda intención que anima á la conciencia humana con el *spiritus intus* del mundo exterior, hallamos nosotros la superioridad innegable de la *Lírica* moderna sobre la antigua, y que se sintetiza en lo que decía Goethe, en inquirir el asunto artístico en el fondo de la conciencia personal y en las entrañas de la vida, para que el arte llegue á ser, según él decía, *Dictumque und Wahrheit*, poesía y realidad á la vez. Para concebir la verdadera grandeza de la poesía

lírica, ha dicho una profunda escritora (1), es necesario considerar el mundo todo como símbolo de las emociones del alma; y en tal caso se convierten, merced á la contemplación reflexiva y á la fuerza plástica de la imaginación, los elementos más extraños, la realidad más vulgar, en materia poética, cuando la inspiración del artista imprime en ellas el sello de la emoción personal.

Inanimados y al parecer muertos los más bellos espectáculos del mundo exterior para la vista miope del que no es artista, pronto aparecen para el genio rodeados de cierto poder misterioso, de una belleza real y viva que educa de su fondo el talento, merced al sentido poético de la naturaleza espiritualizada y animada por el fuego divino de las ideas. Esta apreciación superior de la naturaleza, cuyos poderes secretos evoca constantemente con el Fausto de la leyenda la conciencia humana; esta universalidad de lo bello, que exige pensar alto, sentir hondo y expresar concisamente; esta estima legítima de la madre misteriosa de la vida en el mundo, cuya plasticidad seduce y cuya compleción excede á todo análisis, la tiene más que ninguno de nuestros poetas el celebrado autor de las *Doloras*, y la posee más que nadie el gran poeta Goethe, que huyó de las pesadas brumas de su querida Germania para gozar sibaríticamente en Italia la inmersión material, moral y artística del naturalismo gentil y pagano. La bellísima composición de Goethe titulada *El pescador*, cuyos elementos objetivos se limitan á la contemplación del mar y del flujo y reflujo de su oleaje, retrata con idealismo plástico y con realidad artística el poder misterioso de los fenómenos de la naturaleza, poder cuya magia llega á hacer concebir al artista que la identificación de lo real con lo ideal que persigue el genio, equivale al concierto de lo natural con lo moral. ¿Quién se atreverá á negar que, aun en dirección inversa, tal vez se propuso lo mismo su mejor amigo Schiller en la célebre composición denominada *La campana*!

Simplificado de tal suerte el procedimiento poético, emancipado el genio de las tendencias, híbridas por lo que tienen de escolásticas, de la moderna Estética, referentes á predominios injustificados del realismo ó del idealismo en el arte, persigue hoy por movimiento, á veces espontáneo y en ocasiones reflexivo, la inspiración genial, la alianza secreta de nuestro ser con las maravillas del universo, despoblado de ninfas y sílfides y fecundado por las ideas ó antorchas del pensamiento y luminares de la belleza. Si el poeta logra concertar la unidad del mundo físico con la unidad del mundo moral; si alcanza un destello de la belleza absoluta; si bri-

(1) MAD. STAEL. *De l'Allemagne*.

lla en su frente el rayo del genio, podrá recoger, y al recoger condensar en su fantasía (en este mundo en que se corporalizan las ideas y se idealizan las sensaciones) el lazo que ha de identificar lo real con lo ideal y ha de ofrecer como producto de su misteriosa gestación algo que eleva el pensamiento, que sublima nuestras emociones y fortalece nuestro carácter, algo, en suma, que contribuye á la plenitud de nuestro ser y á la perfección de nuestra personalidad.

Asentada de tal modo la superior trascendencia del arte, y por consiguiente de la poesía más adecuada á nuestros tiempos, de la Lírica, no pretendemos sin más desconocer las verdaderas condiciones de la poesía, ni proclamar la injustificada *teoría del arte docente*. Quien tiene presente que el arte es la suprema condensación del ideal, quien concibe la poesía como combinación libre de elementos estéticos según ideas, quien nunca olvida que la obra artística brota del fondo de la conciencia humana en destello genial, semejante á la flor más preciada del *summum* de todas nuestras facultades, no puede aspirar á que se subordine el fuego de la inspiración á las discreciones reflexivas de un análisis científico, ni puede menospreciar el valor insustituible del *arte por el arte*, cuya principal exigencia consiste en producir la belleza; pero, aparte de que lo realmente bello es resplandor de lo verdadero, según la frase de Platon, aspiramos á consignar la simplicísima condición del factor principal de ciencia, arte y vida, del hombre, cuya compleción de facultades no se disgrega aquí ni allí, sino que más bien conserva la integridad de su naturaleza, integridad que, á pesar de hallarse rodeada de una variedad múltiple é indefinida, está á la vez imbuida de la unidad simplicísima que imprime al arte, á la ciencia, á la religión y á toda la vida la conciencia humana. Habida consideración de tal principio, cuya base innegable se funda en la *racionalidad humana*, no se nos alcanza el principio que justifica la opinión de algunos que, militando en escuelas distintas y partiendo de los más extremos puntos, quieren descubrir toda la sublimidad del arte en cierto atildamiento de las formas y en un misterioso primor de combinaciones, ante las cuales el fondo formable, el asunto artístico, es materia predeterminada, indiferente y aún sin disposición natural para la obra artística, cuya perfección es sólo debida al ingenio del artista. ¿Acaso el arte carece de fondo y elemento expresable en él? Fuera en semejante caso la vida, arsenal inagotable que ofrece incesantemente en globo y en detalle asuntos artísticos, un Nihilismo inconcebible; pero si existe fondo en el arte, si en toda obra artística, aún en la más inocente en apariencia, hay algo expresable y que corresponde en su límite á la emo-

ción producida en el genio, ¿carece tal fondo de exigencias, de tal suerte que lo mismo, por ejemplo, puede ser asunto de un cuadro que materia para entonar la trompa épica ó recurrir á las más bajas y vulgares formas del arte?

Precisamente en el arte, donde entra por mucho el ritmo y el concierto, es intolerable la más mínima desigualdad, lo más insignificante en lo anormal, que exceda de la regularidad del cuadro y de la composición, y cuya exigencia para concertar el fondo con la forma es tanto debida al atildamiento de primores de la expresión, como á la rítmica gradación con que se desenvuelva lo expresado. Lo que gráficamente denominan los franceses *deplacé* es intolerable en el arte; y para averiguar qué pueda ser *deplacé* y desentonar en una composición artística, hay que atender en igual grado al fondo, que se concibe é imagina, y á la forma que lo da relieve y expresa.

Sin caer, pues, en las exageradas tendencias del arte docente, que acusa cierta decrepitud en la inspiración genial, como lo prueba el que los más grandes poetas (V. Hugo, Goethe y otros) se declaran partidarios de él á la vejez y cuando se ha agotado lo mejor de sus talentos; sin llegar al extremo de negar la sustantividad de la belleza, deseamos que no se olvide que en el arte existe también fondo, que exige cierta gradación en su desarrollo, y en cuya exigencia encontramos nosotros la intención artística de todo aquel que lleva en el fondo de su alma algo parecido al genio. Se acerca la concepción del fondo al seno de la conciencia humana, y se pone en contacto con las entrañas de la vida social; pues mejor cumple el arte con su misión, y ménos peligro corre de dejarse escapar las tendencias sociales cuya emoción busca y cuyo efecto y aplauso desea.

Juzgada de esta suerte la Lírica moderna, se encuentran en ella condiciones que la prestan un valor inestimable; pues el alcance de todas sus composiciones, la intención de sus asuntos y la trascendencia de sus cantos, exceden á todo lo anterior; sin que sea, en tal caso, legítima la acusación de *literatura enfermiza*, pues canta, pinta y describe el lírico con las ideas que laten en el fondo de su conciencia y aún de la sociedad misma.

Afirmar que en el arte existe algo más que el atildamiento de las formas y los primores de la expresión; declarar que las condiciones que avaloran la Lírica moderna consisten en que no ha perdido en nuestro país con Quintana, Espronceda, Nuñez de Arce, Campoamor y otros nada de la brillantez de la forma, y ha ganado en cambio profundidad en la intención, fuerza de alcance en su punto de mira y una mayor compleción, porque se acerca más á la vida; desear que el Olimpo pagano, bello en su

creacion, muerto para la inspiracion actual, lo busque el lírico moderno en el fondo de su personalidad, en el infinito del alma humana y en las entrañas de la vida social; no es afirmar que el arte deba ser docente, ni declarar que la verdad eclipse la belleza, ni desear que «el poeta de sacerdote de Apolo se convierta en pedagogo ó sacristan,» ni que «en vez de lira tome el artista las palmetas y las disciplinas,» cuyo lujo de colorido para combatir el arte docente no puede impedir que la poesía moderna, á la vez que se libra de las inocentes pretensiones de enseñar y demostrar verdades, sienta urgentemente la necesidad de penetrar el fondo poético de una trascendencia superior á la que algunos han atribuido al arte.

«La poesía, para ser grande y apreciada, ha dicho uno de nuestros más inspirados poetas (1), debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño á cuanto le rodea, y siempre lo mismo... La época presente reclama de sus poetas algo más que versos sonoros, imágenes deslumbradoras, recuerdos históricos y sentimientos de pura convencion.»

Cuando la Lírica moderna, y con ella todo el arte, obedece á semejantes tendencias, cuya justificacion es innegable, la mision del poeta se eleva, el fin del arte se sublima; y sin mengua de las exigencias estéticas puede y debe esparcir y dilatar el genio su inspiracion para recoger el eco unánime de la conciencia social en pró de lo bello y de lo verdadero en todas las esferas, aspirando á condensar en sus creaciones la infinita complexion en que la vida se desenvuelve, y á confirmar el concierto del arte con los demas fines para revelar la *racionalidad* del hombre y cincelar á modo y manera escultural, que es lo sublime de la forma, la noble tendencia del poeta latino en el *Homo sum*, que supone lo sublime del fondo. La dificultad insuperable del arte para aquel en quien no brilla el destello del genio, consiste en encontrar el misterioso consorcio de lo sublime del fondo con lo sublime de la forma; dificultad que se convierte para el verdadero genio en lo que se llama la feliz ocurrencia y la oportuna facilidad.

Identificar el arte con la enseñanza, implicaría un absurdo y una violacion completa de la naturaleza humana; pero, por cima de toda enseñanza, á veces adelantándose á ella merced á las intuiciones del genio, en ocasiones siguiendo sus pasos y aun volviendo la vista atrás para cantar la majestad del pasado, puede y debe educar y dirigir el arte al individuo y á las generaciones; es asequible que la poesía responda á necesidades universalmente sentidas,

(1) Nuñez de Arce.—*Gritos del Combate*.—Prólogo.

y sin que viole para nada las leyes de la belleza ni usurpe su prosaica y nobilísima mision al maestro, eduzca del fondo de la conciencia humana gérmenes de ideales que ó fecundan ó han de fecundar en lo sucesivo la vida humana. Ha tenido, por ejemplo, el moderno pueblo alemán entre sus genios á Goethe, decidido entusiasta de la belleza clásica, amante insaciable de la luz y de las formas, el que ha pintado el *mal*, personificado en Mefistófeles, con todo el primor y elegancia de su fantasia; pero nunca se permitió Goethe dudar de la virtud y eficacia del arte en la vida, jamás concibió que fuera indiferente el fondo artístico, cuyas exigencias procuraba conocer y llenar cuidadosamente, hasta el extremo de invitar, en la época más floreciente de su vida, á su amigo y émulo Schiller á destruir, mediante el arte, el provincialismo literario, asentando como lazo comun entre los germanos el de la lengua para fundar la *ciudad ideal* y con ella la unidad germánica en lo artístico y en lo moral; cuyas condiciones han trascendido despues é influido en nuestros dias para el establecimiento de la unidad del Imperio alemán.

Cuando en el fondo de toda creacion artística laten semejantes ideas y son llevadas á feliz término, gracias á los esfuerzos del genio, el arte, sin confundirse con la ciencia ni degenerar en las soporíferas composiciones didácticas, puede legítimamente ser llamado fin y forma que, como las demas y segun su carácter propio, fecunda la vida humana.

U. GONZALEZ SERRANO.

Diciembre, 1876.

LOS ANTEPASADOS.

INGO.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Gustavo Freytag, nacido en la Siberia en 1816, es uno de los más notables novelistas de Alemania. Sus principales novelas son: *Soll und Haben* (*Debe y haber*), *Dieverlorene Handschrift* (*El manuscrito perdido*) y *Die Ahnen* (*Los antepasados*). Freytag es tambien autor dramático muy apreciado en su país, y las obras de este género que ha publicado en un volumen, son: *Viaje de novios*, *El sabio*, *Valentina*, *El conde de Waldemar*, *Los periodistas*, *Los Fabios*.

Ingo, cuya traduccion ofrecemos á los lectores de la REVISTA, es la primera parte de *Los antepasados*, obra, sin duda, la más notable del autor: en ella se propone hacer, en forma de novela, una historia episódica de la Alemania desde los tiempos antiguos hasta nuestros dias. Esta serie de narra-

ciones deja á cada una su propia unidad, y así, *Ingo* es una novela completa. En *Ingraban*, que es la segunda narracion, prosigue la historia de la misma familia, pero despues del largo lapso que media entre los dias en que Juliano era César de las Galias y la época de la invasion del cristianismo bajo la direccion de San Bonifacio. La tercera parte ya nos traslada al siglo XI, en pleno feudalismo; sin embargo, sigue tratándose de la descendencia de Ingo el Vándalo. Está publicada tambien la cuarta parte de esta obra (*Die Brüder vom deutschen Hause*), y el autor se propone continuarla hasta llegar «al buen camarada que hoy se pasea, tomando el sol, sin cuidarse mucho de las glorias y fatigas de sus ascendientes.»

La primera parte, la historia de *Ingo*, es probablemente la mejor de todas. Freytag dice en el prólogo que este primer tomo nos traslada á un tiempo de que el poeta puede sacar más partido que el historiador; pero él se muestra, además de gran poeta, profundo conocedor del espíritu antiguo y muy erudito en los datos arqueológicos necesarios para su obra. Como artista, sabe ocultar á nuestros ojos todo el minucioso trabajo de su ciencia, que sería enfadoso en la obra misma, pero, en cuanto sabio, obliga á su fantasía á seguir las condiciones de los conocimientos históricos.—Un crítico frances, M. Alberto Reville, pide para su patria un escritor como Freytag, que sepa ayudar con la historia á la novela; nosotros tambien podemos desear para España, donde ese género parece que comienza un período de renacimiento, un Gustavo Freytag, que escriba la novela arqueológica como debe ser, con toda la fantasía de un gran artista, pero con toda la ciencia de un verdadero historiador. La historia de España es un tesoro incalculable, del cual no ha aprovechado hasta ahora el arte verdadero grandes riquezas.

I.

EN EL AÑO 357.

Sobre la altura, y al pié de la tala que separaba de los Kattos los bosques de Turingia, manteníase el jóven centinela, vigilando el rápido sendero que desde las llanuras de aquellos subía al encumbrado límite. Mecíase sobre el vigilante la copa de una robusta haya; corría á ambos lados el seto fronterizo, ciñéndose á las sinuosidades de la cresta y ostentando tupidos ramilletes de bayas y rosas silvestres. Armado de venablo, á la espalda un largo cuerno en bandolera, el cuerpo recostado en el añoso tronco, escuchaba el jóven con indolencia el rumor del bosque, el canto de algun ave ó el ligero roce de las ramas separadas en la carrera por animales salvajes. A veces su mirada se dirigía al sol con impaciencia, y luégo se volvía al despejado valle que á

su espalda aparecía sembrado de cabañas y cercados.

Inclinóse de pronto y escuchó; en el sendero se percibían ligeros pasos, y á través de la espesura distinguíase un hombre que subía con rapidez. El vigilante puso el cuerno al alcance de su mano y preparó el venablo; luégo, cuando el hombre salió de la espesura al claro, presentándole la punta de su arma, le gritó:

—Alto, corredor de bosques, y dí la seña que te ha de librar de mi hierro.

El extranjero se guareció de un salto tras del próximo árbol, y extendiendo la diestra abierta, dijo:

—La paz sea contigo; soy un extranjero ignorante de la seña.

Con desconfianza repuso el centinela:

—No vienes en verdad como un príncipe con caballos y séquito; tampoco traes el escudo del guerrero, ni pareces un mercader ambulante con cajas y carretas.

Y el extranjero contestóle:

—Vengo de muy léjos, por montes y valles; he perdido mi caballo en el remoliño del rio, y busco la hospitalidad de tu pueblo.

—Pues eres extranjero, espera á que mi pueblo te conceda la entrada en el país. Entre tanto, dame el saludo de paz y recíbelo de mí.

Hasta aquí los dos hombres se habían observado con ojos perspicaces, y ahora, apoyando ambos su venablo en un árbol de cada linderó, pasaron al claro que separaba estos y se tendieron las manos, examinando cada uno el rostro y continente del otro. El vigilante admiró con cierto respeto el brazo poderoso, la firme apostura y arrogante aspecto del extranjero, poco más viejo que él.

—No hubiera sido asunto baladí cruzar contigo el sable sobre el verde césped,—dijo cordialmente;—soy casi el hombre más alto de la aldea y he de levantar los ojos para ver los tuyos. Bien venido seas á mi árbol, y descansa mientras anuncio tu llegada.

En tanto que el extranjero aceptaba confiado la invitacion, llevó el centinela el cuerno á la boca, mandó hasta el valle de su aldea algunas penetrantes notas, y el eco de la montaña devolvió la salvaje sonata. Miró el jóven un instante hácia las cabañas, y con un gesto de satisfaccion aprobó el movimiento que se hizo visible en las calles de la aldea: poco tiempo despues, un jinete corría hácia la altura.

—Nada mejor que un sonoro toque de cuerno,—dijo sonriéndose.

Y se deslizó sobre la yerba junto al extranjero, mientras su vista corría rápida sobre los claros del bosque y el país enemigo que ante él se extendía.

—Habla, viajero; ¿hay tal vez algun enemigo so-

bre tus huellas, ó has encontrado guerreros en el bosque?

—Nada suena en el bosque más que lo que aquí se oye; ningún sabueso Ratto ha olfateado mi pista hace ya seis noches y seis días.

—Los Rattos nacen ciegos como los perros,—dijo con desprecio el vigilante;—á pesar de todo, pienso que debes conocer el arte de ocultarte en el bosque, cuando has podido evitar sus centinelas.

—Delante de mí siempre la luz, detrás la oscuridad,—contestó con orgullo el extranjero.

Miróle con atención el vigilante, y en el tostado rostro, en el cuerpo pesadamente apoyado en un tronco, vió claras muestras de un extremo cansancio; reflexionó un momento y dijo:

—Tal vez habrás temido alguna venganza de los Rattos; pero á la verdad has carecido muchos días de techo y hogar; mal alimento habrás encontrado, pues ahora el bosque no ofrece frutos silvestres. Mira, yo pertenezco á la casa del príncipe, y no sé si te concederá el pan y la sal; pero por mi parte no puedo ver un hambriento en el bosque: toma mi zurrón y come de lo que encuentres.

Alcanzó de detrás del árbol un saco de piel de tejón, y presentó al extranjero un pedazo de pan negro y carne; miróle éste con agradecimiento, pero calló; entónces el vigilante le alargó un cuerno pequeño, abrió la tapa de madera y dijo amistosamente:

—Toma también la sal; mi casa está debajo de este árbol, y aquí soy yo el huésped.

Aceptó ahora él extranjero, diciendo:

—Dios te prodigue sus dones; somos amigos.

Y empezó á comer ávidamente, mientras el joven le contemplaba satisfecho.

El extranjero reanudó así la conversacion:

—Cuando el sol envía sus rayos á través de las frondas del bosque, es alegre servicio el de centinela; pero cuando resuena el huracán entre las sombras de la noche, ánimo necesita el guardian del bosque.

—La pradera de los lindes está consagrada á los Dioses propicios, las fuentes sagradas corren á ambos lados hasta el valle, y nosotros, gentes del bosque, estamos acostumbrados al canto nocturno de los árboles.

—Pocos años tienes,—prosiguió el extranjero,—y gran confianza te muestra tu señor al dejarte solo al cuidado de la frontera.

—Hay más gente en el vallado fronterizo, y además nos preocupa muy poco una invasion de huestes extranjeras, pues fuera difícil á todo pié extranjero, buscar camino hasta los cercados sobre las rocas y torrentes del bosque. Corrióse, sin embargo, el rumor de que hace poco estalló una guerra cruel en las fronteras de Roma entre los Alemanes y el Cé-

sar, que ellos llaman Juliano, y hace días cruzó el aire entre las tinieblas de la noche el ejército terrible de los Dioses.

Y levantando al cielo su mirada aterrada, prosiguió:

—Desde entónces hemos puesto guardia en la frontera.

El extranjero volvió la cabeza y miró por primera vez el país de su compañero: escalonábanse largas filas de montañas unas por encima de otras, y las atravesaba un profundo valle, en cuyo centro brillaban al sol los senos del arroyo que descendía de la sierra.

—Y ahora sepa yo, buen amigo, á quién sirves y adónde piensas llevarme.

—En todo el valle que tu vista alcanza, y más lejos aún hasta la llanura, domina como príncipe el señor Answaldo, hijo de Irmfrido; ese es mi amo.

—En tierra extranjera supe yo que un gran rey, el rey Bisino, era señor de todo el pueblo turingio.

—Supiste bien; pero ya desde remoto tiempo somos los montañeses libres bajo nuestra raza señorial, y el gran rey del país se contenta con que guardemos la frontera y enviemos á su corte todos los años hermosos corceles. Muy poco nos cuidamos del rey Bisino, y nuestro señor Answaldo rara vez va á hacerle la corte á su real castillo.

—¿Y no le pagais tributo por esos hermosos ganados que distingo junto á vuestras chozas?—preguntó el extranjero.

—Pché; una vez hubo alarma en las aldeas porque el rey quiso que sus vacas pastaran bajo nuestras encinas; también otra vez tuvo el rey capricho de cazar en nuestros bosques los toros bravos; pero no se ha vuelto á oír hablar del asunto.

El rostro serio del extranjero tornóse hácia el valle, y dijo:

—¿Y dónde está la casa de tu señor?

El centinela mostró el horizonte del valle.

—Allí á la vuelta del monte; tres horas de bajada para un buen caminante; pero á nosotros nos llevará en ménos tiempo un buen caballo de la pradera. ¿No oyes el ruido de sus cascos? El cuerno ha anunciado á mi camarada que hay que acompañar á un extranjero y viene á relevarme.

Un jinete subía al trote el camino de la montaña; era un joven fornido, semejante en fisonomía y continente al centinela; saltó del caballo y cambió en voz baja algunas palabras con su camarada; éste le alargó el cuerno, echóse el zurrón á la espalda y ofreció el caballo al extranjero:

—Sigo tus pasos,—dijo éste rehusando.

Saludó con mano y cabeza al nuevo faccionario, que le contemplaba con curiosidad, y se dirigió detrás del guía hácia el valle.

Ceñíase el estrecho y pendiente sendero al curso

tortuoso del torrente, sombreado por gigantescos árboles cubiertos de musgo en que la luz del sol se quebraba en grises y plateados reflejos; atravesábanlo raíces descarnadas que como serpientes enormes salían de la tierra en caprichosas curvas. En las orillas del torrente se amontonaban confundidamente entrelazados por sus ramas los troncos y cañas que la furia del agua arrastró en el invierno; las gentes del bosque habían abierto con su machete un estrecho camino á través del laberinto de ramaje. Con rápido paso, lanzándose con saltos atrevidos de roca en roca y de tronco en tronco, descendían nuestros hombres, delante siempre el jóven centinela; cuando algun obstáculo más considerable se presentaba, el guía repetía el salto hácia atrás como para animar á su compañero. El caballo, con la rienda al cuello, seguía á su amo como un perro, y veíase fácilmente que aquella carrera por tan áspero camino no era más que un juego para el noble animal.

Satisfecho medía con su vista el montañés un fuerte salto dado por el extranjero sobre el torrente; observó luego la huella impresa en el suelo húmedo, y dijo:

—Con fuerza caminas para ser un hombre cansado; pareceme que más de una vez has de haber dado famosos saltos en la pradera sangrienta. Por tu huella conozco que eres de nuestra raza, pues levantas la punta del pié y apoyas con fuerza el talón: hasta ahora tus discursos me habían hecho ver en tí un hombre de remotos países; ¿has visto alguna vez las huellas de los romanos?

—Sus piés son pequeños, sus pasos cortos y apoyan toda la planta como gentes cansadas.

—Así dicen aquellos de los nuestros que han ido hácia el Poniente.

Y añadió como disculpándose:

—Yo, hasta ahora, de los hombres de cabellera negra sólo he visto mercaderes desarmados.

—¡Quieran las hadas del destino alejar siempre de vuestras tierras el pié de los romanos!

—Hablas como nuestros ancianos; pero los jóvenes pensamos que si ellos no vienen á buscarnos, debiéramos nosotros ir hácia ellos: hermoso debe ser su país; todas las casas de vistosa piedra; todo el año la suave luz del sol; todo el invierno la tierra cubierta de verdura; el vino dulce más abundante que nuestra mala cerveza; las doncellas bailan adornadas de seda y oro, y todo guerrero ostenta el lujo de un arrogante señor.

En vano esperó el jóven la respuesta del extranjero; caminaron largo rato silenciosos, hasta que el primero cogió el corcel de la rienda.

—Ahora sería pesado el camino por el valle; monta para que lleguemos á casa ántes de la noche.

El extranjero puso su mano sobre el cuello del

animal y de un salto quedó sobre la silla; aprobó con un gesto el vigilante; silbó ligeramente, y el caballo emprendió valle abajo en alegre carrera, llevando á su lado al jóven, que continuamente le excitaba blandiendo su venablo ó lanzando agudos gritos que el animal contestaba con sus relinchos.

—¿Quiénes son aquellas mujeres vestidas de blanco?—preguntó el extranjero desde un altozano que dominaba el valle y los cercados.

—¡Hola!—contestó el guía,—han venido las doncellas de la casa; allí está la vaca negra de Frida; escuchá el alegre sonido de la esquila que cuelga de su cuello; y allí está también Frida.

Y el rubor de su rostro denunció lo agradable del encuentro.

—Estas chozas viejas,—prosiguió,—las habitan los pastores; en verano los ganados se apacientan en los bosques, y nuestras muchachas vienen á buscar los productos de la lechería para llevarlos á la casa. También un poco más arriba, en el bosque de hayas, habitan los porqueros, y difícil es que el sol alumbre mejores pastos.

Contemplaron un momento el despejado paisaje; el montañés separó las estacas que cerraban la entrada, y el extranjero penetró á caballo en el cercado; las vacas corrieron hácia él haciendo oír sus mugidos; la mujer del pastor y sus hijas acomodaban largas filas de vasijas de leche en una fresca cueva, que defendían del sol piedras cubiertas de musgo.

—Suerte tienes, extranjero,—dijo el jóven;—la misma Irmgarda, la hija del señor, ha venido á ver sus ganados; si la agradas, segura tienes una buena acogida.

—¿Cuál es la que has nombrado?

—Allí está dando órdenes á las doncellas; fácilmente se la distingue.

La jóven estaba junto á un carro que, tirado por dos bueyes, debía conducir á la casa del señor los productos de la lechería, manteca bien apretada en barriles de ciruelo bravío, y quesos sazonados con cominos, extendidos sobre verdes y anchas hojas de higuera.

—Acércate á ella, compañero, y dila que llega un extranjero suplicante; temo hablar á la hija de tu señor hasta que el padre me haya concedido un asiento en su hogar. Y pues te he parecido bien, dila de mí el bien que puedas.

Saltó el extranjero del caballo, y desde léjos hizo una reverencia á la jóven señora.

Los dorados rizos de su cabellera bajaban en libertad hasta sus caderas rodeando el esbelto cuerpo y encuadrando las acentuadas facciones de su rostro expresivo y juvenil; un cinturón recamado de plata sostenía el vestido de blanco lino, medio cubierto por un chal corto de finísima lana graciosamente prendido por alfileres de esmerado trabajo;

sus brazos blancos y desnudos estaban adornados con pulseras de oro. Levantó hacia el extranjero sus grandes ojos, y contestó con una ligera inclinación de cabeza al respetuoso saludo de aquel.

El montañés se acercó á ella y la dijo:

—Es un extranjero que busca un rincón en nuestra casa y un sitio á nuestra mesa; su cabeza se inclina cansada por el viaje; condúzcole al señor para que decida de su suerte.

—Debemos auxilio al viajero que Dios nos manda. Quien quiera que sea, bueno ó malo, todo el que suplicando llega á nuestras puertas recibe hospedaje tres días; sólo al cabo de ellos pregunta mi padre si el hombre es ó no digno de la hospitalidad. Ya sabes, Wolf, cuánta gente miserable cruza el mundo, y deja en la casa del huésped la maldición que acompaña sus pasos.

—Parece,—dijo Wolf,—hombre honrado para amigos y enemigos.

La jóven dirigió una rápida mirada al extranjero.

—Si es como dices, bien venido sea. Ofrecele el jarro de leche, Frida.

Bebió el extranjero, y al devolver á Frida la vasija, dijola:

—Dios bendiga tu mano; de un hombre generoso recibí el primer saludo en tu país; sea el segundo presagio de que en la casa de tu señor he de hallar la paz que con ánsia busco.

Entre tanto, el vigilante había cogido para sí uno de los caballos que pastaban en un soto cerrado, y mientras concluía de acomodarse en él, acercósele la rubicunda Frida.

—Suerte has tenido en tu sueño, Wolf,—le dijo con acento burlón;—mientras dormías junto al zarzal, quedóse enredado un pájaro extranjero. ¿Qué tal fué tu sueño en el lecho de espinas, centinela?

—Ni un momento me han dejado los buhos dormir; todo el tiempo murmuraban de Frida, que se pasaba la noche junto á los setos, sacudiéndolos para saber de dónde le vendrá un marido.

—En cambio, yo he visto un jilguero muy atareado reuniendo la lana seca de los cardos para el lecho nupcial del opulento lobo (1).

—Y yo sé de una orgullosa,—replicó algo colérico,—que pisando las violetas, que buscaba, cayó entre las ortigas.

—No sería en la de tu campo, lobo estúpido,—contestóle la jóven con despecho.

—Sé de una que no ha de bailar conmigo en la próxima fiesta.

—Cuando baila el lobo vuelan los ánades á los árboles y se ríen.

—Ponte una guirnalda de paja de avena, polluelo de ganso—gritó Wolf desde el caballo.

Y trotó hacia el extranjero, que durante esta conversacion se había alejado delicadamente como un tiro de flecha.

—Es un muchacho muy descortés,—dijo Frida á su señora en son de queja.

—El eco del bosque devuelve siempre lo que le gritas,—respondió ésta sonriéndose.

Y luego, siguiendo con la vista al jinete extranjero, añadió:

—Parece como un señor de muchas gentes.

—Y sin embargo, sus sandalias están destrozadas y su túnica muy resentida del viaje,—observó Frida.

—¿Piensas tú que las rocas solo atormentan el pie del caminante humilde? De quien viene de lejos debemos creer que ha visto mucho y arriesgado más. Lástima fuera que la codicia ó la necesidad hubieran hecho de él un hombre malo, y de todo corazón deseo que merezca y halle la paz que busca.

Descendía el sol, y los árboles proyectaban largas sombras sobre el camino, cuando los jinetes alcanzaron el término del valle. Separábanse las montañas á derecha é izquierda; bordeaban el arroyo despejadas praderas matizadas de flores silvestres; un zorro de rojizo pelaje cruzó el sendero delante de los viajeros.

—El cabeza roja sabe que andan cerca las moradas del hombre,—dijo el montañés;—con seguridad busca un sitio desde donde pueda disfrutar del canto de las gallinas.

La luz de la tarde iluminaba la aldea rodeada de foso y estacadas; entre los claros de los árboles que formaban ésta, divisábanse aquí y allá blancos muros, techos grises de paja y ligeras nubes de humo que de éstos se elevaban. A un lado de la aldea, sobre un altozano, se levantaba la casa señorial, también defendida con foso y empalizada; sobre los techos de las numerosas dependencias y establos que la rodeaban descollaba el de la gran sala principal prolijamente decorado con astas de ciervo.

En una pradera que atravesaba el camino, se ejercitaban en juegos guerreros una legion de muchachos; habían colocado un elevado armatoste sobre el que saltaban en fila lanzando gritos penetrantes. Cuando se aproximaron los jinetes, salieron en tropel hacia el camino y examinaron con desconfianza al extranjero. El vigilante llamó á uno de ellos, y le habló en voz baja; salió el muchacho como un cervatillo hacia la casa del señor, mientras los jinetes moderaban con trabajo el paso de sus inquietas cabalgaduras.

Cerca de la aldea danzaban sobre el mismo camino, entre remolinos de polvo, los niños más pequeños; tenían los varones por todo vestido chaquetas cortas de lana, y las niñas blancas camisas; golpeaban el suelo con sus piecitos al compás del

(1) Lobo en alemán Wolf.

sencillo canto. Deshízose el corro cuando llegaron á él los jinetes, aparecieron cabezas femeniles en las ventanas de las casas, y de cada puerta salió un escuadron de rapaces de azules ojos y rubia cabellera. Tambien se mostraron en las puertas algunos hombres; que con rápida mirada escudriñaban el aspecto del extranjero; á éste advirtió el guía que de cuando en cuando hiciese alguna cortés demostracion á los vecinos; «pues, decia, un saludo amistoso abre los corazones, y acaso muy pronto necesites el favor de estas gentes.»

Miéntas tanto, el muchacho habia llegado á la casa señorial. Hallábase el príncipe Answaldo sentado á la sombra del bosquecillo que precedia la entrada del edificio; era un hombre alto, ancho de hombros, rostro franco y cabellos grises; vestia una túnica de lana adornada con piel de castor por encima de la camisa, zapatos de cuero sujetos con correas; solamente en la dignidad de la apostura y en el respeto con que los demás le hablaban, se conocia su elevado rango. Rodeaban su asiento las gentes de la casa, miéntas contemplaba satisfecho dos robustos toros que habian elegido los criados para el próximo festin ofrecido á los magnates del país.

El muchacho se acercó con presteza á un hombre entrado en años y de rostro serio que estaba á la izquierda del príncipe y con él en respetuosa conversacion; á éste dió el rapaz su mensaje en voz baja. A la interrogadora mirada del príncipe, el anciano se apresuró á manifestar:

—El jóven Wolf trae consigo un extranjero; el viajero ha llegado del país de los Rattos, sin acompañamiento, sin caballo y sin traje de guerra; un hombre solo y miserable que pide hospitalidad.

—Preparadle el recibimiento en la sala,—dijo el señor con indiferencia.

Y con un gesto alejó á sus servidores. Volvióse á su confidente, y hablóle así:

—Inspírame cuidado toda visita extranjera; desde que en el Rhin se encendió la guerra de los Romanos, cruzan el país chispas del incendio; más de una víctima de los rigores de la fuerza sacia su rencor sembrando de crímenes estas pacíficas comarcas.

—Si viene del Sur fugitivo, puede darnos noticias de la guerra.

—Y tambien puede traernos la mala fe romana. Las costumbres italianas se propagan como una peste por nuestros valles, y ya han infestado á los habitantes de las ciudades. Ya nuestros soberanos quieren llevar el manto de púrpura y tener á sueldo guardas escogidas, para que el mercenario hunda sin piedad su cuchillo en las espaldas del hombre libre cuando así plazca al señor. Venga, no obstante, el extranjero, sea quien sea; todo lo que á un suplicante corresponde lo tendrá. Trata, sin em-

bargo, de penetrar su secreto de discreta manera.

Penetró el príncipe en la casa y ocupó frente á la puerta el sillón señorial de tallada encina, cubierto con la negra piel de un oso; sus piés descansaban sobre un taburete, y su mano sostenía el blanco baston de mando.

Los jinetes se apearon á la puerta de la fortaleza; el extranjero apoyó su venablo en el quicio y se sentó silencioso en un banco de la parte de afuera. Salió el introductor y le invitó al recibimiento solemne delante del trono. El extranjero llegó erguido al umbral de la sala; paróse, cambió con el príncipe una escrutadora mirada, y á ambos agradó lo que observaron.

—Salud, príncipe Answaldo, hijo de Irmfrido.

—Salud tambien á tí,—se oyó junto al trono.

—Concede al hombre cansado la bebida de tu copa, los frutos de tus tierras y la sombra de tu techo. Llego á tu hogar sin amigos, sin patria y sin proteccion; concédeme lo que la hospitalidad de tu pueblo concede al caminante.

Avanzó Hildebrando, y dijo:

—El príncipe te concede, conforme á los usos de su pueblo, tres dias de reposo, tres dias de alimento: despues el príncipe preguntará al pueblo su parecer. Mancebos, ponedle su asiento al hogar y ofrecedle los dones de los Dioses.

Tres jóvenes trajeron los objetos del ceremonial: uno un taburete; otro en dos conchas el pan y la sal, y el tercero un vaso de madera lleno de oscura cerveza: éste ofreció primero el vaso al señor, que lo tocó con los labios, y despues lo pasó al extranjero. Entónces el introductor hizo una seña á la comitiva y todos abandonaron la habitacion.

—Y ahora, viajero,—comenzó Hildebrando con acento cordial, sentándose á los piés de su señor,—pues que tu cuerpo y miembros han logrado seguridad, haznos hasta dónde puedas el relato de lo que hayas visto y oido detrás de las montañas, sobre todo de aquello que á nosotros pueda sernos beneficioso sin perjuicio tuyo; pues los tiempos corren malos, y el señor solícito apetece las nuevas de los caminantes. ¿Hánte los dioses concedido el don de ligar las palabras en inteligibles discursos y quieres contar lo que te plazca, ó debo yo preguntarte lo que deseamos saber?

Levantóse el extranjero, y dijo:

—Ncticias traigo que hacen palpitar el corazon más varonil; ignoro si á vosotros os servirán de satisfaccion ó de disgusto. Ha habido una batalla, la mayor en la memoria de los hombres; aullan los lobos en redor del sangriento campo, y los cuervos vuelan sobre los huesos insepultos de los Alemanes á quienes nuestro Dios ha rehusado la victoria. Los Francos han combatido y vencido por los

Romanos: los reyes alemanes Huodomar y Atanarico están prisioneros, y con ellos muchos hijos de reyes. Las legiones del César llevan el incendio por los valles de la Selva negra hasta el Main, y empujan delante de sí rebaños de prisioneros. El César se ha apoderado de los países fronterizos, y se dice que los Rattos han enviado embajadores á su campamento para solicitar una alianza.

Un profundo silencio siguió á tan triste relato: Answaldo clavaba en el suelo su turbia mirada, é Hildebrando reprimía apénas su emocion.

—Paz tenemos con Romanos y Alemanes,—dijo por último,—y el Turingio no teme el poder del César. Conozco que te has hallado muy cerca del campo de batalla; despues has visitado las aldeas de los Rattos, á quienes supones inclinados á los Romanos; no te preguntaré á quién has deseado la victoria.

—Tendrás respuesta sin pregunta,—dijo con altivez el extranjero;—jamás he estado á sueldo de los Romanos.

Un rayo de benevolencia brilló en los ojos del príncipe, que se dirigió al extranjero:

—No eres alemán; por tu acento me pareces un hijo de nuestro Dios, de los que habitan en el lejano Oriente.

—Soy un vándalo del Oder.

—Mucho camino hay de tu patria á los campos del Rhin, viajero; ¿han enviado tus compatriotas sus guerreros á la lucha?

—Fuí al Rhin sin mis hermanos; el destino cruel me arroja de las praderas de mi patria.

—El destino cruel puede ser obra de los Dioses y del corazón colérico de los hombres: ¡ójala no pese sobre el tuyo lo que te aleja de tu país!

El vándalo inclinó con agradecimiento la cabeza.

—Preocupa al hospedado el modo de agradar á su huésped; permite, pues, que intente el extranjero inspirarte confianza. En un canto de mi país aprendí que en tiempo de mi padre un héroe de la Turingia combatió á los Romanos en las filas de mi pueblo, muy léjos, al Sur del Danubio; su nombre era Irmfrido.

El príncipe se irguió en la silla y exclamó:

—Su mano ha bendecido mi cabeza; era mi padre.

—Pues ese fué hermano de armas de un guerrero de mi pueblo. Al partir de mi país rompió el príncipe con poderosa mano una moneda romana de oro, y dejó una mitad para que sirviera de perpetuo signo de alianza y hospitalidad en las generaciones de ambas razas. Si guardas una mitad de la moneda, la otra mitad es mía.

Y alargó al príncipe la brillante plancha de metal.

Lanzóse Answaldo de la silla y examinó á la luz el trozo de moneda.

—Silencio,—dijo con voz imperiosa;—ni una palabra. Hildebrando, lleva á tu señora esta señal, y que la compare con la que ella guarda; dila tambien que la encuentre sola cuando vaya á visitarla con el extranjero.

Salió apresuradamente Hildebrando, y el príncipe se acercó al extranjero, examinándole con atención.

—¿Quién eres, que tan agradable saludo traes á mi casa?—exclamó cordialmente.—No hacia falta que hubieras recurrido á la señal, pues desde que pisaste el umbral de mi puerta has ganado mi corazón. Ven, héroe, y me dirás tu nombre, allí donde van á reunirse las dos mitades del signo de amistad.

La princesa Grundrun estaba en su aposento y tenía en sus manos reunidas las dos mitades de la moneda.

—Aquí están dos espigas del mismo tallo,—dijo al ver entrar á su esposo;—lo que me has enviado es la señal del rey Ingberto.

—Y el que se arrodilla ante tí, señora, es Ingo, hijo de Ingberto.

Largo silencio siguió á esta exclamación; la dama contemplaba suspensa al altivo guerrero, su noble rostro, su majestuosa apostura, y se inclinó por último en una profunda reverencia. El príncipe, preocupado, exclamó:

—Muchas veces he deseado ver el rostro amigo del ilustre héroe descendiente de los Dioses; ¡cuántas me ha hablado mi padre de su opulenta corte, de su magnífica comitiva vestida de brillantes corazas! Pero de otra manera preparaban los altos designios la entrevista; contemplo al rey de una gran nación en pobres vestidos como un extranjero suplicante, y el terror hiela mi corazón. Bendiga Dios, no obstante, la hora en que contemplo tu rostro y me permite demostrarte mi fidelidad.

—No vengo á tí y á tu esposa,—dijo Ingo solemnemente,—como un poderoso de la tierra; un fugitivo soy, y no quiero conquistar tu protección ocultando mi suerte. He sido arrojado de mi país por mi propio tío, que se apoderó del trono á la muerte de su hermano; un hombre fiel me ocultó y en su casa alcancé mi juventud; el peligro ha sido mi herencia; los mensajeros de mi tío me han perseguido de pueblo en pueblo, y en todos han exigido mi cuerpo. Con un puñado de compatriotas marché á combatir al lado de los alemanes; me capté el aprecio de sus principales reyes, y en las batallas he mandado sus escuadrones. Ahora el César, deslumbrado por la victoria, busca á los que se han negado á arrastrarse á sus piés; muy lejos alcanza su poder en los regios alcázares; yo mismo he visto los enviados de tus vecinos los Rattos viajar hácia el Rhin con los símbolos de paz, y despues de cien dias con sus noches que oculto he atravesado su país, siguiendo los senderos de las bestias, mara-

villa es que haya escapado á su vigilancia. Esto he querido que sepas ántes de que me digas: Ingo, bien venido seas á mi casa.

Un momento vaciló el huésped mientras su vista buscaba los ojos de la princesa clavados en el suelo. Por fin brilló su rostro y exclamó:

—Lo que es honroso y lo que exige la fe jurada, eso haré yo. Bien venido seas á mi casa, Ingo, hijo de reyes.

—Nobles sentimientos has demostrado, héroe,—comenzó la princesa,—pues has recelado introducir el peligro en la casa de tu huésped; pero á nosotros corresponde conciliar con la propia seguridad lo que debemos al afecto heredado de nuestros padres. El nombre de un rey resuena muy léjos en un país, y muchos enemigos espían al héroe que debiera ceñir una corona: bien á tu costa lo has sabido. Por esto creo yo que la prudencia debe venir en nuestro auxilio, y si me atreviera á dar á mi señor un consejo leal, permanecería el huésped algun tiempo en la casa sin revelar su rango, que sólo los tres debemos conocer.

—¿He de desconocer en mi propia casa á un huésped que la honra? No soy servidor del César ni de los Rattos,—interrumpió el príncipe con impetuosidad.

—Pero también el rey de Turingia come en dorados platos que labró el arte romano: guárdate de despertar las sospechas del rey Bisino.

El extranjero permanecía inmóvil, y en vano la princesa trataba de conocer sus pensamientos.

—Difícil es disfrazar en humilde traje la sangre noble,—murmuró Answaldo.

—También el héroe Sigfrido dice la tradición que estuvo en traje de esclavo en una fragua.

—Y un día hundió en la tierra la fragua y el herrero,—gritó el príncipe.—En fin, tú decides, Ingo; ¿cómo quieres que te tratemos?

—Soy el suplicante,—contestó Ingo dominándose;—no me toca discutir el punto alto ó bajo que me asignes á tu mesa entre los servidores; ni me vanaglorio de mi nombre ni lo oculto; seguro estoy de que no has de destinarme á trabajos viles.

—Siempre temieron los héroes menoscabo en su honor,—dijo la princesa sonriendo.—Lo que propongo es fácil de hacer: lleva en mi casa por corto tiempo el vestido que ofrecemos á todo extranjero, y que mi esposo gane para tí entre tanto la benevolencia del pueblo. La guerra no ha de resonar eternamente en las fronteras, y nuevas luchas llamarán á otra parte la atención del César; en pocas lunas se apagará todo ruido, y acaso para entónces hayamos ganado la voluntad del rey Bisino.

—Lo pensaré esta noche,—dijo Answaldo;—con frecuencia he observado gran cordura en los consejos de mi mujer. Hasta tanto, vela, Ingo, tu noble

prosapia, y confía en que tanto como tú anhelo el día en que desde mi trono pueda proclamar lo que á tu honor y al mio conviene.

Abandonaron los dos príncipes la cámara de la princesa; y cuando á la noche el huésped reposaba en su lecho, exclamó involuntariamente:

—Mucho ha de dolerme verle á la mesa entre la servidumbre.

Y con voz insinuante contestó la princesa:

—Prueba primero si es digno de tu protección: extraordinario es su destino, y parece abandonado de todos: que nadie sepa su secreto, y ménos que nadie nuestra hija Irmgarda.

GUSTAVO FREYTAG.

Trad. de la sexta edición alemana, por GENARO ALAS.

(Continuará.)

MOVIMIENTO DE LAS IDEAS RELIGIOSAS

EN EUROPA.

EXPOSICION Y CRÍTICA DEL SISTEMA KRAUSISTA.

Señores:

Ya que por desgracia carezco de las altas dotes de que habría menester para corresponder dignamente á la confianza que en mí ha depositado la Academia, dándome el honroso encargo de llevar su voz en este solemne acto (1), quisiera tener la fortuna de acertar en la eleccion del asunto, y así al ménos, la grandeza del tema ocultaría la pequeñez del disertante.

Movido de tal deseo, apénas si he sido dueño de escoger, porque hay un tema que excita hoy, más que otro alguno, el interés y la simpatía, y que por lo mismo se impone con irresistible imperio; un tema que afecta hondamente á nuestros sentimientos, creencias, costumbres y tradiciones, y que penetra y se infiltra, querámoslo ó no, en la sociedad, en el retiro del hogar y en el santuario de la conciencia: aludo al movimiento de la idea religiosa en la Europa moderna.

La idea religiosa se manifiesta bajo dos formas diferentes, como pensamiento y como hecho; y evoluciona en dos teatros distintos, el de la mera especulación y el de la vida real de los pueblos.

Político y jurisconsulto, más que filósofo y teólogo, si me dejara llevar de mi aptitud y de mis aficiones, estudiaría con preferencia el problema religioso contemporáneo en el Concilio del Vaticano y el *Syllabus*, en las medidas legislativas á que han

(1) Discurso leído en el solemne acto celebrado por la Real Academia de Ciencias morales y políticas en memoria de la fundacion de este Cuerpo.

dado su nombre Bismarck y Falck, en el *Diario de las Sesiones* del Landtag, en el *culturkampf* de Mgr. Ketteler, en las exposiciones del episcopado alemán, en las leyes confesionales de Austria, en la información parlamentaria abierta en Francia á consecuencia de la elección del Conde de Mun, y en suma, en los hechos, libros, folletos y documentos que más al vivo retratan la lamentable lucha trabada entre los representantes del Estado y los de la Iglesia católica, y entre ésta y las confesiones disidentes; lucha gigante, que ni siquiera ha podido encerrarse en los límites del Continente, sino que, traspassando los mares, se ha extendido á la virgen América, y hasta ha removido el suelo de la vieja Inglaterra, dando de ello insigne testimonio las arduas pastorales de Mgr. Manning, los apasionados folletos de Mr. Gladstone y la carta del Conde Russell al Emperador Guillermo, á nombre de uno de los *meetings* más numerosos y entusiastas que registran los anales de la populosa ciudad de Londres.

Pero sin negar, ántes bien proclamando en alta voz, que este problema, á la par que religioso, moral, político y social, cae de lleno bajo la jurisdicción de nuestro instituto, la verdad es que tiene un interés demasiado actual y palpitante para poderle discutir con ánimo imparcial y sereno; y es discreto mantener alejada á la Academia del terreno candente de las pasiones, siquier sean nobles y generosas, y merezcan, por tanto, nuestro aplauso.

Habré, pues, de moverme fuera de la órbita de la política, y disertar sobre la evolución del pensamiento religioso en la ciencia, ó sea, en el libro del filósofo y del teólogo.

Mas ¿cómo describir en unas pocas páginas el vasto panorama de los sistemas que con pasmosa rapidez se han sucedido, así en Francia como en Inglaterra y Alemania, desde que el *libre examen* se introdujo en el campo de la religión, y tras titánica lucha arrebató su cetro *al principio de autoridad*? Sería imposible comprender el estado actual de las ideas religiosas en Europa sin estudiar sus causas y sus precedentes, á partir de la Reforma, ó cuando ménos, de mediados del siglo último; porque en el espíritu, como en la naturaleza, todo se engrana y eslabona: lo que hoy *es* ha nacido de lo que *fué* ayer, y engendra lo que *será* mañana. Fáltame espacio, sin embargo, no ya para hacer una estadística completa de las opiniones y los hechos que han preparado el movimiento científico-religioso de la Europa moderna, sino hasta para trazar á grandes rasgos los sistemas de Wolf, Lessing, Reimarus, Semler, Kant, Schleiermacher, Hegel, Strauss y otros filósofos y teólogos que, por su genio y el influjo que han ejercido en la dirección de las ideas, son como los jalones que sirven de

guía en el camino de la ciencia. Si de una sola pincelada y por una alta, aunque vaga generalización, hubiera de retratar la tendencia actual de los ánimos y el carácter del movimiento religioso en los últimos tiempos, diría que hasta el siglo XVI el Catolicismo, en posesión tranquila de la sociedad, y dominando fácilmente protestas ineficaces y pasajeras resistencias, había enseñado que no hay salvación para las almas fuera de la comunión con la Iglesia, depositaria de la pureza de la doctrina y la fe cristianas; que la *Reforma* substituyó á la comunión con la Iglesia, la comunión con Cristo, autorizando la libre interpretación de los sagrados textos; y que Wolf, y más especialmente Schleiermacher, avanzando un paso más que Lutero y Calvino, dieron el grito de completa independencia y proclamaron que la religión es un sentimiento, una intuición, y no debe buscarse en la *Biblia* ni en las tradiciones, sino en el corazón humano, toda vez que el hombre lleva en sí mismo la conciencia de lo eterno y lo infinito. Esta renovación de la teología alemana—que tal es el nombre que dan los críticos á la introducción en ella por Schleiermacher del principio de libertad y del método del individualismo cristiano—dió, á mis ojos al ménos, por resultado inevitable y fatal, sustraer la religión del poder de los Concilios, el Pontificado, los Santos Padres, los apologistas y los teólogos, para hacerla caer en manos de los filósofos, sometiéndola á todas las alternativas, oscilaciones, aventuras y delirios del pensamiento humano. Así es, por ejemplo, que hay una religión *kantiana* y otra religión *hegeliana*; y como de la escuela de Hegel, á la cual se ha aplicado el tecnicismo parlamentario, han surgido una *derecha*, una *izquierda* y un *centro*, cada una de estas tendencias tiene *su religión* y *su teodicea* peculiares. Y lo que pasa con Hegel, es igualmente aplicable á todos los filósofos que, por decirlo así, han formado Iglesia; quiero decir, que hay tantas teodiceas cuantas son las corrientes que se forman dentro de cada escuela, tantas religiones cuantas son las ramas que brotan del tronco de cada sistema filosófico que, ó por su mérito intrínseco ó por circunstancias accidentales, llega á adquirir gran boga y á hacer numerosos prosélitos entre los amantes del saber. La religión de Schleiermacher no es la de Lessing y Reimarus, ni ésta la de Fichte ó la de Schelling, y así sucesivamente. Strauss mismo formula su religión, y hasta tiene la suya Darwin, con rebajar nuestra dignidad y degradarnos hasta el punto de hacer del mono el ascendiente de la especie humana.

Lícito me será, sin duda, lamentarme de este estado de desorden y de anarquía moral. No soy adversario, sino ántes bien amante de la filosofía, aunque no tan apasionado y ciego que la crea en po-

sesion de la verdad absoluta. Lejos de esto, el rudo combate de las escuelas, la febril celeridad con que se suceden los sistemas más opuestos y contradictorios y el favor que alternativamente alcanzan en el público, sediento de saber y dominado por el vértigo de la novedad, prueban de un modo irrefragable que el entendimiento humano no ha encontrado todavía el pasto que busca ansioso, y que la filosofía se halla aún, no me atrevo á decir que en la infancia por el respeto que me inspiran Aristóteles, Platon, Descartes, Kant y Hegel, pero sí en un estado *caótico*, en el que existen, es verdad, todos los elementos de la ciencia, pero amontonados y en revuelta confusion. ¿Habrà quien acierte á ponerlos en concertado movimiento? ¿Nacerà el genio poderoso que pronuncie el *fiat lux*? Mucho lo dudo. La filosofía aspira á demostrar la existencia de un principio único, del cual todo se derive y en el que todo se absorba, la identidad del conocimiento y del sér, del espíritu y la naturaleza, de Dios y el hombre, la perfecta ecuacion de lo uno y lo vario, lo idéntico y lo diferente, lo finito y lo infinito, el tiempo y la eternidad, y en esta empresa gigante, remontando el vuelo hasta las nubes, le sucede lo que á Ícaro. Temo que, si la razon humana puede divisar en lontananza y como envuelto en espesísima niebla el pavoroso enigma del Creador y la creacion, le está vedado descifrarle y contemplar á la luz del sol el lazo misterioso que une lo temporal con lo eterno. Es este á manera de fruto del árbol prohibido al hombre, por lo cual en cada filósofo que imita á Adan, olvidando la humana flaqueza, se reproduce el trágico drama de la caída de la humanidad. El *yo* de Fichte, la *idea* de Hegel, el *todo* de Strauss, la *seleccion natural* y la *lucha para la existencia* de Darwin, y en suma, todas las hipótesis con que se intenta reemplazar al Dios del *Génesis*, son meras abstracciones, creaciones caprichosas de la fantasía que, si fascinan un momento por su aparato científico, por lo vasto de su concepcion y la riqueza de sus desenvolvimientos, se desploman luégo á los golpes de la piqueta del buen sentido y de la sana crítica, quedando sólo en pié y sobrenadando en el naufragio de todos los sistemas filosóficos el Dios del Cristianismo (1).

(1) No puedo resistir al deseo de trasladar aquí una estrofa de *las Geórgicas*, que no recuerdo haber visto citada por ningun teólogo ni filósofo, y en la que, sin embargo, el príncipe de los poetas latinos, formula con la mayor precision y claridad y aún con el tecnicismo moderno el sistema panteista. Describiendo el instinto admirable de la abeja, dice así:

Al ver tanta virtud, hay quien opina
que ennoblece su sér llama divina.

Dios llena, dice el sabio, el mundo entero,
la tierra, el mar y espacios celestiales;
y de su eterna luz rayo ligero

Recuerdo sin querer á este propósito lo que dice de Kant un ilustre hegeliano. Entraban en el plan del filósofo de Kœnisberg el aniquilamiento del mundo actual y la formacion de otro nuevo: empieza, pues, por suponer, sin demostrarlo, que el sol es un cuerpo incandescente; pero esto no bastaba, sino que había que aumentar su calor para abrasar al mundo. ¿Cómo lograrlo? Para acrecentar el fuego en el hogar se echa leña, y como no la hay en los espacios planetarios, Kant sale del paso arrojando sobre el sol los mismos planetas. Mas, ¿cómo explicar un fenómeno tan extraordinario? Kant recurre á otra analogía: cuando uno está fatigado, se cae de desfallecimiento. Hace, pues, caer de lasitud los planetas y los cometas sobre el sol, y *por tan rara manera* consigue que la violencia de su fuego, avivado por este nuevo cuanto inesperado alimento, disuelva y pulverice las cosas creadas y disperse y difunda sus moléculas por los mismos espacios inmensos que habían ocupado ántes de la formacion de la naturaleza, hasta que no sé qué mágica combinacion de las fuerzas atractiva y repulsiva las reúne, las ordena comunicándolas suavísimo impulso y concertado movimiento, y renace el mundo, como el fénix, de sus cenizas, pero más perfecto y mejor, despues que el fuego le ha purificado. No hay uno solo de los grandes filósofos modernos, sin exceptuar á Hegel, á quien no pueda aplicarse con igual razon esta amarga ironía del distinguido profesor de Nápoles.

Y en tal estado la ciencia, ¿será mucho pedir á los sabios, que sin renunciar á la libre investigacion filosófica, derecho sacratísimo que no ha de negarles ciertamente esta Academia, guarden algun miramiento á la religion, que es el pan del pobre, el único bálsamo que cura las heridas del alma y la última esperanza del moribundo? Y ya que respetemos el libre vuelo del pensamiento en el descubridor de la idea, en el fundador de un nuevo sistema, porque sólo así, tropezando hoy en un escollo y mañana en otro, es como lenta y laboriosamente se realiza el progreso humano, ¿no tendremos al ménos derecho á exigir moderacion y prudencia á sus discípulos y sectarios que, en vez de dejar encerrada en el libro la doctrina del maestro, se apresuran en su ardor irreflexivo á aplicarla á todas las esferas de la vida? No hay orden social posible sin la fe religiosa, que infunde resignacion al proletariado hambriento, cuyo solo lote en el

el hombre anima, y plantas, y animales;
ninguno de los séres muere entero:

se une á Dios todo, rotos los mortales
lazos, y siempre en vida á su primera
fuente retorna en la estrellada esfera.

(Traduccion del Sr. Perez de Camino, editada por el autor de este discurso.)

mundo es el trabajo, ahogando las tentaciones y calmando las tempestades que la presencia del rico y los placeres del lujo levantan en su corazón, desgarrado por la miseria y agitado por la envidia y la concupiscencia. En España es más necesaria que en otra parte alguna la prudencia de los escritores, ya por el respeto que merecen las creencias y tradiciones de nuestro pueblo, educado en la unidad católica, ya por la vehemencia propia de nuestra raza meridional, que se asfixia, por falta de aire respirable, en las altas esferas de la especulación, y sedienta de representaciones, imágenes y realidades, se posa al punto en la tierra pasando bruscamente de la idea á la acción, y ya, en fin, por el carácter y las tendencias de la doctrina filosófica entre nosotros dominante.

Acontece, en efecto, que en España casi todos los hombres de ciencia son krausistas. Débese esta privanza del sistema de Krause, entre nosotros, no tanto á su propia valía—y tiene sin duda mucha—como á circunstancias accidentales y extrañas á su mérito intrínseco. Cuando un personaje ilustre, cuya muerte llora esta Academia, el Excmo. señor Marqués de Pidal, aconsejó, como ministro, á la Corona el establecimiento de la facultad de Ciencias filosóficas, no se encontró una especialidad á quien poder confiar la cátedra de filosofía, y fué preciso echar mano de un profesor de Derecho, muy competente sin duda en la ciencia jurídica, pero ajeno á los estudios filosóficos, según confesaba él mismo con honrosa modestia. ¡Tanta era á la sazón nuestra pobreza en este ramo del saber! Recuerdo bien que yo era su único alumno, y que habiendo pedido de consuno al extranjero los más notables autores alemanes, reclamaba el derecho de leerlos él primero, invocando su título de Maestro, por más que me tratara como colega y amigo, gracias á su bondad inagotable. Deseando el Gobierno remediar la falta de profesores, envió á Alemania á D. Julian Sanz del Rio, quien, por motivos que no son de este lugar, abrazó con frenesí el sistema krausista, difundiendo más tarde su enseñanza por toda España desde la Universidad Central, donde agrupó á su alrededor lo más florido de la juventud, siempre generosa, pero tan irreflexiva como entusiasta. Quiere decir, señores, que nuestra patria, que había quedado tan á la zaga de las demás naciones, despertó de su largo y profundo sueño á los dulcísimos acordes del *panenteísmo*. Fué Krause, interpretado por Sanz del Rio, quien introdujo á la juventud española en Alemania, en ese pueblo cuyo prodigioso movimiento científico excitaba vivamente la curiosidad de los amantes del saber, halagando su vanidad el conocimiento, siquiera fuese superficial, de los sistemas idealistas allí reinantes. Y aún tengo para mí que tal predi-

lección por el estudio de los filósofos alemanes no reconoce por únicas causas la curiosidad y la vanidad científicas, ni siquiera el imperio de la moda, que es, sin embargo, soberano, aún entre los sabios, sino también *el encanto de lo desconocido*. En Alemania, en ese país cubierto á menudo de una niebla tan densa que no deja penetrar los rayos del sol, nacen sin duda inteligencias privilegiadas, pero que, participando de la naturaleza del clima, envuelven sus conceptos en opacas nubes que no permiten llegar hasta los lectores la luz clara y esplendente de la verdad. Y sucede al entendimiento humano lo que á cierta pasión, de la cual decía el insigne poeta Camöens, en su magnífica descripción de la diosa Vénus:

Despierta sus deseos lo que encubre
más que lo que descubre el velo raro.

Esa misma oscuridad, que Kant suponía calculada, condenándola, y que yo creo natural, originada de una parte en lo abstruso de la materia, y de otra en el genio alemán, agujonea en el lector el deseo de penetrar en las profundidades del pensamiento del filósofo, y la imaginación excitada cree ver más de lo que en realidad existe en frases estudiadas, misteriosas, sibílicas, que muchas veces no son más que construcciones arbitrarias y artificios retóricos para llenar una laguna en el sistema, ó disimular un salto en el desenvolvimiento dialéctico de la idea. Como quiera que sea, no puede negarse que el krausismo fué quien abrió á nuestra juventud las puertas del templo de la filosofía alemana. Sólo así se explica el predominio que en España ejerce un filósofo que está muy lejos de ser considerado como de primer orden en su propia patria. Kant, Fichte, Schelling y Hegel fueron juzgados en España por el prisma de las ideas krausistas, cuyo apostolado había ejercido Sanz del Rio. Y basta que la generación actual se haya amamantado en esta escuela, para que yo me decida á examinar sus puntos de vista en lo tocante á la religión, ya que las exiguas proporciones de un discurso académico no consienten una crítica general del movimiento religioso en Europa.

Confieso que ha estado á punto de retraerme de este propósito la preferencia que ha dado algun cuerpo científico en el año último á las discusiones sobre el darwinismo y la teoría de la evolución ó el trasformismo; pero, á mi juicio, el imperio de estas doctrinas será pasajero y fugaz, ya porque no resisten la crítica, ya porque nuestra raza propende al espiritualismo. Temo, por tanto, que después de un breve eclipse, renazca con más fuerza la doctrina krausista, patrocinada por profesores de indiscutible mérito y de gran prestigio entre la juventud.

¿Es la religión una institución pasajera, un mero

accidente en la historia, ó es una necesidad real del espíritu humano? ¿Ha engendrado á la religion el miedo á las fuerzas de la naturaleza, como pretenden Epicuro y Lucrecio, ó tiene su fundamento en la razon y en nuestra propia esencia? ¿Es tal vez una hábil invencion de los hombres de Estado para disciplinar las pasiones de los pueblos y hacerlos gobernables, ó es, por el contrario, una planta espontánea, un árbol cuyas raíces tocan en la conciencia, elevándose sus ramas hasta el cielo?

A estas preguntas, Krause y sus discípulos dan una respuesta categórica. No buscan el origen de la religion en el miedo de Epicuro, ni en el deseo egoísta de Hume, ni en el más desinteresado de Feuerbach, ni siquiera en el sentimiento de dependencia de Schleiermacher, no: la religion á sus ojos es, como la justicia, la ciencia ó el arte, un elemento constitutivo de la humana naturaleza: el hombre es un sér religioso, como es intelectual y moral, y no hay poder en la tierra que alcance á mudar su esencia.

Para evitar la multiplicidad de citas, me limitaré á resumir lo que sobre este punto dice Tiberghien en sus *Estudios sobre religion*. No extrañéis que dé la preferencia al discípulo sobre el maestro. Krause es sumamente oscuro: traducido ó explicado por Sanz del Río, se hace de todo punto ininteligible; interpretado por Ahrens ó Tiberghien, que son verdaderos escritores, su pensamiento es trasparente y nítido; y cuenta que quien bien escribe, es que sabe pensar: la oscuridad en la expresion refleja siempre cierta vaguedad ó falta de precision en los conceptos, y es síntoma de una especie de indigestion intelectual.

¿Es la religion un elemento de la naturaleza humana? Tales son los términos en que Tiberghien plantea la cuestion, y ciertamente no podrá acusársele de excesivamente cauto ó ambiguo. Con la misma franqueza elimina de su tésis las *religiones positivas*, las cuales no son á sus ojos sino «manifestaciones particulares de la idea religiosa,» declarando que toma la palabra *religion* en su acepcion universal, consagrada por la tradicion y la ciencia, y que entendiéndola por ella «toda relacion íntima, es decir, toda relacion de pensamiento y de sentimiento que se establece entre el hombre y Dios en la vida.»

Así planteado el problema, interroga para resolverle, á la historia y la filosofia.

No hay pueblo sin religion, sin culto, sin una cierta nocion de Dios, considerado en sus relaciones con el hombre sobre la tierra y más allá de la tumba. La religion es tan múltiple como las razas, las naciones y las tribus de la familia humana. Sus ramas principales son el *fetichismo*, el *politeísmo* y el *monoteísmo*; y, aunque el órden de su aparicion en el mundo es algo incierto, la humanidad, á su

juicio, ha empezado por el último. Para demostrar esta tésis, combate á los partidarios del progreso continuo simbolizado por la línea recta, á los filósofos y moralistas que creen en un estado de naturaleza anterior á todo estado social, y á los naturalistas que han imaginado la teoría de *la escala de los séres* que liga el hombre al criptógamo, por una serie no interrumpida de términos intermedios, ora se consideren las especies como fijas y permanentes desde el origen, ora se admita la trasformacion de las unas en las otras, segun las circunstancias exteriores, en el movimiento progresivo de la creacion. De modo que acepta, no en sus principios ni en su dogma, pero sí en sus resultados, la opinion de los partidarios de la revelacion primitiva, que miran la idolatría y el culto de los dioses como aberraciones nacidas del pecado original, y el monoteísmo cristiano como la restauracion sobrenatural del estado primitivo de la especie humana.

Este punto es muy interesante, y os ruego que fijeis en él vuestra ilustrada atencion. El krausismo casi reduce la historia de la humanidad á la representacion del gran drama cristiano de la caida y la redencion del hombre; sólo que le despoja de todo carácter sobrenatural. Ved aquí la explicacion puramente humana ó científica con que pretende reemplazar el *pecado original* y el augusto misterio de la *Encarnacion*.

El hombre de los primeros dias, dotado de todas las cualidades del sér racional, posee la conciencia y el sentimiento de sí; se orienta en el mundo y, curioso como el niño, no tarda en preguntarse el *cómo* y el *por qué* de los fenómenos que le impresionan. Desde este momento principia para él la *ciencia*, y lo verdadero se separa de lo falso.

Todo hombre tiene necesidades que reclaman satisfaccion so pena de sufrimiento, y tiende á prevenir el dolor por la prevision. Cuando, para satisfacerlas, aplica su actividad á los objetos exteriores, crea la *industria*.

El hombre es completo desde su origen. Tiene el sentimiento de la belleza y aspira á realizarla ó representarla en sus obras. De aquí el *arte*.

A la vida intelectual se une la *moral*. La distincion entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, no esperan la promulgacion de una ley escrita ni el advenimiento de una revelacion dogmática; es inseparable de la conciencia.

El hombre ve, en fin, presente y reconoce, con una prevision instintiva, el conjunto de las cosas y las relaciones que las unen. La nocion de la parte, la intuicion de algunos séres determinados, limitados entre sí, no satisfacen su razon. De la parte se eleva al todo, del efecto á la causa, de lo finito á lo infinito, de la multiplicidad á la unidad, y á este todo, que es uno, que es infinito, que es causa de

todos los seres del mundo, lo llama *Dios*. Desde este momento nace la *Religion* bajo la forma del *monoteísmo*. Dios, por otra parte, que habla á la razon, no abandona jamás al hombre á sí propio. Dejando á un lado toda intervencion milagrosa y toda manifestacion sensible de la Divinidad, se puede admitir que Dios concurre con el hombre cuando el hombre hace el bien, y que le auxilia en su elevacion á la vida moral.

Tal es, en su más simple forma, la tradicion universal de la edad de oro ó del Paraíso terrestre. Esta tradicion se comprueba en sus rasgos principales por el conocimiento que tenemos de la naturaleza humana, que es inmutable; por la marcha constante del espíritu; por los sucesos ulteriores de la historia, y aún por las *leyes* que presiden la sucesion de las edades.

Todo sér vivo recorre, en efecto, tres fases sucesivas en su movimiento ascendente: un período de *unidad*, que constituye su existencia embrionaria, donde todos los órganos están aún envueltos y confundidos, no desenvueltos y distintos; un período de *variedad*, que constituye la evolucion progresiva y espontánea, en que los órganos aparecen sucesivamente oponiéndose los unos á los otros; y últimamente, un período de *armonía* que revela la madurez, el desarrollo completo de la vida, en el que todos los órganos, plenamente desenvueltos, concurren con actividad diversa á la unidad del fin, á la realizacion de la naturaleza una y total del sér orgánico. Estas tres leyes, la unidad, la variedad y la armonía, en otros términos, la tésis, la antítesis y la síntesis, se aplican, no sólo á la planta, al animal y al hombre, sino también á la historia, á la vida de la humanidad sobre la tierra.

La *edad embrionaria* de la humanidad se concentra en el Eden, donde los hombres vivían íntimamente unidos entre sí, con la naturaleza y con Dios. La religion del Eden era el monoteísmo. Pruébanlo las tradiciones, y lo confirman los libros sagrados de la India, de la Persia y de la Palestina. El *Zend-Avesta* de Zoroastro indentifica á Dios con el bien y coloca el origen del mal en la criatura. Los vedas, anteriores á las epopeyas mitológicas de la India, celebran el culto de Dios bajo los atributos de creador, de conservador y de destructor, ántes que Brahma, Vishnú y Siva tuviesen altares distintos, ántes que Buddha hubiese comenzado la reforma de las religiones ortodoxas. La *Biblia*, en fin, proclama el monoteísmo de la manera más enérgica, y la gran obra de Moisés depone en favor de la casta sacerdotal del Egipto. Al testimonio de los primeros monumentos literarios del Oriente se agregan los trabajos de los filósofos. Las lenguas más antiguas, el sanskrit y el zend en la familia indo-germánica, son también las más ricas y perfectas, y la

cultura de estas lenguas muestra de nuevo la cultura espiritual de la humanidad en su cuna. El estado inicial de los pueblos es, pues, un estado de civilizacion.

Pero ¿cómo se explica entonces la adoracion posterior de los dioses y los ídolos? El paso del monoteísmo al politeísmo acusa una *caída*: esto es incontestable. Admitir muchos dioses despues de haber reconocido á Dios, no es progresar, sino decaer. La *caída* es, pues, un hecho real y no una hipótesis; y este hecho se verifica de nuevo por las leyes del desenvolvimiento de la humanidad confirmadas por las tradiciones. Lo que la *Biblia* cuenta no debe ser repudiado, sino sólo despojado del carácter maravilloso de que está revestido. La *caída* es el momento crítico que separa entre sí las dos primeras edades de la vida; es la entrada en el período de la *variedad*. Como el niño nace en el dolor y comienza su evolucion espontánea desligándose de su madre, la humanidad ha dejado el Eden en la angustia y ha comenzado su existencia aventurera desligándose de Dios. Despues de haber vivido en paz con sus semejantes y con todos los seres del mundo, aunque obrando bajo el imperio del instinto, los hombres han adquirido gradualmente la conciencia y el sentimiento de sus fuerzas, de su saber, de su independencia; han exaltado su poder; el orgullo ha entrado en su alma; han roto violentamente las relaciones íntimas que los unían á Dios y á la naturaleza. Han caído así en el desorden, en el mal, en el error. Por la *caída* se explica el *politeísmo*, que degeneró en *fetichismo* entre las razas embrutecidas por la servidumbre y entre los pueblos que se apartaban del camino de la humanidad, que se aislaban ó encerraban en sí mismos y continuaban descendiendo en el curso de la civilizacion.

No hay para qué añadir que, segun la doctrina krausista, la humanidad, despues de haber bajado por la pendiente del mal hasta tocar en el abismo, no podía ménos de ascender hácia el bien en la espiral de la vida y reconciliarse con el Dios uno y verdadero.

Es esta la ley de la *síntesis*, la edad de la *armonía*, la *redencion* despues de la *caída*.

¿Y es por ventura el Cristianismo el que simboliza esta reconciliacion del hombre con Dios? De ninguna suerte: para Krause son lo mismo en rigor Zoroastro, Buddha y Mahoma que Moisés y Jesús, porque no admite la revelacion temporal ó histórica, sino sólo la *filosófica*, ó sea, la manifestacion continua y eterna de Dios á la razon humana en general, siendo á sus ojos la revelacion histórica, individual ó teológica, ya que no una impostura, un mero producto del entusiasmo del genio, y cuando más una de las manifestaciones progresivas de Dios á la humanidad. En todo caso, Jesús no es, segun la doctrina

krausista, mas que un hombre superior, poseido del santo entusiasmo del profeta ó del apóstol, y que, mejor penetrado que sus contemporáneos de la conciencia y del sentimiento de Dios, puede ser mirado como uno de sus misioneros en la tierra para la educacion del género humano.

Mas ya que Krause proscriba las religiones positivas ó no las mire sino como evoluciones progresivas de la idea religiosa en el tiempo, ¿será al ménos el Cristianismo en su fondo y esencia la religion ideal, absoluta, la forma religiosa definitiva de la humanidad? ¿No simbolizará al ménos Jesucristo la entrada en la edad de la armonía y la redencion del hombre? Nada ménos que esto.

MANUEL ALONSO MARTINEZ.

(Continuará.)

REVISTA CIENTÍFICA.

Espectro de la nueva estrella de la constelacion del Cisne.—Conclusiones sobre la urea de la sangre.—Vitalidad de los huevos de la *phylloxera*.—Una aclaracion de la teoría del radiómetro.—Un nuevo manómetro para medir grandes presiones.—La accion del alcohol sobre el cerebro.—Conclusiones sobre el sentimiento comparado á el movimiento.—La Sociedad geográfica de Paris y el discurso de Quatrefages.

Tener al corriente á los lectores de la REVISTA del movimiento científico que en la Europa culta se está verificando; extractar y compendiar el pensamiento de esos obreros de la inteligencia que infatigablemente corren tras la solucion de los grandes problemas que agitan y conmueven la vida de las sociedades modernas; propagar y extender cuantos conocimientos puedan ser provechosos en nuestro país, tan apático desgraciadamente para cuantos asuntos le interesan; fomentar y sostener toda innovacion que traiga el sello de la más delicada observacion y de la experimentacion más repetida, hé aquí á lo que estrictamente nos ceñiremos en estos ligeros apuntes, que deseáramos fueran el fiel reflejo de la ciencia en sus más variadas manifestaciones.

M. Cornu ha leído en la sesion del 11 de Diciembre del año próximo pasado, una nota curiosísima sobre el espectro de la nueva estrella de la constelacion del Cisne. Segun dicho señor, parece que la luz de la estrella posee la misma composicion que la capa del sol llamada *chromosfera* y ha indicado que con este dato se podrían hacer deducciones relativas al estado físico de la nueva estrella, como asimismo á su temperatura y á las reacciones químicas

de que puede ser asiento; teniendo, sin embargo, la prudencia de no aventurarse en hipótesis que podrían conducir á falsos resultados, y que, sobre todo, no podrían tener cabida en la ciencia como hechos concluyentes.

En la misma sesion presentó M. Picard la conclusion que había deducido de sus estudios sobre la urea de la sangre, diciendo que en la sangre arterial hay dos diferentes sustancias, descomponibles ambas por el reactivo de Milon; que una de ellas, eminentemente destructible, desaparecía, en general, casi completamente en los capilares, y que la otra, fija y resistente por el contrario, existía en la sangre venosa en la misma cantidad que en la sangre arterial. Y terminaba asentando que respecto á la primera sustancia no tenía opinion fija en aquel momento; pero sí de la segunda, á la cual le sobraban motivos serios para considerar como la urea de la sangre.

M. Balbiani ha remitido á la misma corporacion su tercera comunicacion sobre la vitalidad de los huevos de la *phylloxera*, en la que estudia la influencia que sobre ellos puedan tener las altas temperaturas, aplicadas en diversas formas. Obsérvase que en los huevos de la *phylloxera*, como en los de casi todos los insectos, hay una mayor resistencia á las causas de destruccion que la que presentan los individuos completamente desarrollados; viéndose que el germen ó el embrion es ménos destruido por las dosis elevadas de un vapor tóxico que obre durante un corto espacio de tiempo, que no por cantidades muy pequeñas, pero cuya accion es lenta y durable. Así es que la destruccion de los huevos exige una exposicion más larga á la sustancia insecticida que la que reclama el aniquilamiento de los mismos insectos. Resulta tambien que es necesario buscar el obtener un gasto lento y durable de los vapores tóxicos, sobre todo cuando se emplean sustancias que, como el sulfuro de carbono, poseen una gran volatilidad y no ejercen, por consiguiente, más que una accion muy pasajera.

El ya célebre Crookes ha dirigido una carta á M. Moneel, en la que explana algunos puntos de vista de su célebre teoría del radiómetro, y cuyo extracto tomamos de la *Revista de Ambos Mundos*:

«Si es verdad que la fuerza repulsiva determinada en el seno del radiómetro es el resultado de una reaccion cambiada entre las aletas del molinete y las paredes internas del recipiente, de aquí se debe deducir que, colocado en las mismas condiciones, el molinete de un radiómetro debe girar con más

rapidez en un recipiente pequeño que en uno grande. Para asegurarme si esta deducción se cumplía, he mandado construir un radiómetro compuesto de dos recipientes juxtaponidos.

Uno de los recipientes era grande, el otro pequeño, y se comunicaban por una ancha abertura; en el centro de cada uno de ellos se encontraba un eje de suspensión, sostenido por un tallo de cristal, y un solo molinete, cuyas aletas eran de mica muy calentadas y con uno de los lados negruzcos, pudiendo adaptarse á cualquiera de los dos recipientes. En uno de los casos, la distancia de las alas del molinete á la pared interna del recipiente era próximamente de un cuarto de pulgada, mientras que el otro era de una media pulgada, notándose, en efecto, que la ligereza de rotación del molinete era un 50 por 100 mayor en el recipiente pequeño, sometidos á la acción de una misma fuente luminosa.»

Llama poderosamente la atención en estos momentos el nuevo *manómetro* destinado á medir grandes presiones, y del que es autor M. Cailletet. Basándose en el resultado que le dieron sus experiencias sobre la resistencia de los tubos de cristal, ha construido un manómetro muy sencillo, que indica con precisión las presiones elevadas y cuya sensibilidad puede ser tan grande como se desee. El aparato consiste en una especie de termómetro de cristal cuyo receptáculo cilíndrico está terminado por casquetes esféricos llenos de mercurio; el tubo capilar está exactamente calibrado y soldado al receptáculo, llevando un abultamiento destinado á fijarse, por medio de gutta-percha, á una armadura de cobre, que cierra exactamente el orificio de un receptáculo de acero bastante espeso para resistir á las más altas presiones que se quieran medir.

Cuando se comprime el agua en este receptáculo metálico, la presión se ejerce sobre las paredes del cilindro de cristal; el mercurio, empujado por la disminución de volumen del receptáculo, se eleva en el tubo capilar á alturas que corresponden á las presiones que anteriormente se determinan para cada manómetro.

Es indispensable, para obtener indicaciones exactas, el mantener fija la temperatura del aparato, lo cual es fácil por medio del hielo ó del agua á una temperatura constante; siendo inútiles estas precauciones en las determinaciones rápidas.

Fácilmente se comprende que la sensibilidad de estos manómetros construidos sobre este principio puede ser tan grande como se desee, puesto que para hacerlos variar, basta modificar las relaciones de dimensión del receptáculo y del tubo capilar.

M. Zingzett ha publicado curiosas experiencias referentes á la acción del alcohol sobre el cerebro. Empezaba conservando en el agua cerebros de buey á la temperatura del cuerpo, y después colocándolos en agua y alcohol. Analizando con cuidado los resultados obtenidos, parece ser que mientras la proporción del alcohol no es elevada, no tiene sobre el cerebro efecto ninguno particular, pero en cuanto llega á una cantidad de importancia, disuelve una parte considerable de tejido, comprendiendo las principales partes constituyentes. Se experimentan grandes dificultades para poder estudiar estos resultados en el cerebro de un individuo vivo, como el darse cuenta de la manera según la cual el agua y el alcohol, obrando sobre el cerebro, pueden ser influidas por las otras materias en presencia de la sangre. Con este objeto ha empezado en los animales una serie de experiencias, de cuyos resultados daremos cuenta en cuanto lleguen á nuestro poder.

Los estudios emprendidos por Richet sobre el sentimiento comparado con el movimiento, han dado las siguientes conclusiones: 1.º La sensibilidad despertada por corrientes muy débiles, después de ser aumentada durante algún tiempo, acaba por desaparecer lentamente, bastando un pequeño espacio de reposo para que la sensibilidad vuelva á ser tan perfecta como lo era antes. En una palabra, la sensibilidad, bajo la influencia de una excitación prolongada, decrece lentamente, volviendo otra vez lentamente á su estado normal. 2.º Las excitaciones aisladas ó separadas la una de la otra por un largo intervalo no producen efecto sensitivo, mientras estas mismas excitaciones muy aproximadas producen un efecto sensitivo tanto más marcado, cuanto que su frecuencia es mayor. 3.º Para las excitaciones iguales entre sí y repetidas, el momento de la percepción es tanto más retardado, cuanto la intensidad de las excitaciones es más pequeña, y tanto más acelerado, cuanto la intensidad es mayor. 4.º Los fenómenos conocidos bajo el nombre de educación de la percepción, pueden entrar en los hechos de adición. La persistencia de una impresión es proporcional á la intensidad de la excitación que la ha producido. El número de excitaciones necesarias para producir una percepción ó un movimiento, es diversamente proporcional á la intensidad y á la frecuencia de las excitaciones.

La Sociedad geográfica de París ha celebrado su banquete anual en los últimos días del pasado mes de Diciembre, con una asistencia de más de 200 convidados. Se han encontrado allí representadas todas las clases inteligentes de la nación, viéndose

entre los invitados al embajador de Bélgica, baron Beyens.

La mesa la presidía el vicealmirante La Roncière le Nourry, presidente de la Sociedad, quien á pesar de sus conocidas tendencias bonapartistas, empezó su brindis con un recuerdo de agradecimiento al presidente de la República. Otros muchos brindis siguieron á éste, siendo digno de citarse el de Quatrefages, dirigido al rey de Bélgica, Leopoldo II, fundador de la Asociación Internacional para la exploración y civilización del África. En todo el discurso de este distinguido miembro del Instituto predomina un entusiasmo científico y un sentimiento humanitario merecedores por todos conceptos de los aplausos de toda persona honrada. Ensanchar las vías del estudio, penetrar en terrenos completamente desconocidos y vedados por el misterio, que les hace reunir mayores encantos, á la par que se logra la obra de redimir de la esclavitud á millares de seres que viven fuera de toda corriente civilizadora y noble; á esto aspira Quatrefages, y á este fin dedicaba su brindis al rey de Bélgica, que tan grande empresa ha iniciado y sostiene con tanta fe y entusiasmo. El baron Beyens le contestó muy conmovido en nombre de Leopoldo II.

JOSÉ USTARIZ.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VILANOVA.

GEOLOGÍA AGRÍCOLA.

V.

Señores: Trazada ya en las anteriores conferencias la historia general del globo, y en la última la estructura geológica de nuestro territorio, estamos ya en el caso de entrar en la materia propia que me propongo desarrollar en este curso.

Qué se entiende por tierra vegetal, en cuántos horizontes se divide, cuál su composición y la procedencia de sus diversos materiales con la acción que ejercen sobre las plantas; tales serán los puntos que abordaremos en la presente lección.

La tierra ó suelo vegetal es una capa de mayor ó menor potencia, formada de materiales, los unos terrosos y detriticos, resultado de la descomposición de las rocas, y orgánicos los otros, en cuyo seno encuentran las plantas apoyo y sustancias alimenticias que contribuyen á su oportuno desarrollo. Dejando para despues el exámen detenido de su composición, debemos manifestar que esta capa somera terrestre se considera dividida por los agrónomos en tres ó cuatro horizontes cuya influencia en la vegetación es muy distinta; de arriba abajo, el primero

se llama suelo ó tierra vegetal por excelencia, cuya principal misión es recibir la semilla, permitir que se extiendan y prendan las raíces y suministrar todo lo que estas absorben para la conservación y desenvolvimiento de la vida del vegetal; el espesor de esta primera capa es muy variable, recibiendo diferentes nombres, segun sea aquel; llámase profunda ó de mucha miga cuando llega ó excede de 0 m,25, y superficial ó pobre cuando no alcanza esta potencia. Todo lo que es inferior á esta primera zona debiera en rigor llamarse subsuelo, atendiendo á la verdadera etimología ó significación de esta palabra; pero los hombres más competentes, siguiendo en este punto al célebre Thurmann, distinguen el subsuelo de lo que se llama roca viva ó subyacente: con efecto, entre estas, que representan la base de lo que se dice suelo geológico, y el agrícola, existe una capa de distinta composición mineral y de espesor variable, formada casi siempre de materiales de transporte exclusivamente minerales ó inorgánicos, en lo cual se distingue de la tierra propiamente dicha, y cuya influencia en la vegetación es á veces tan decisiva como la de aquella primera capa.

El célebre agrónomo Gasparin distingue en la tierra vegetal las siguientes partes, procediendo de arriba abajo: primera, suelo activo, en el cual se verifican todas las funciones que á las raíces están confiadas, y donde se practican las labores ordinarias con la reja, azada ó garabato; suelo inerte, al cual no suele alcanzar por la profundidad de la tierra la punta del arado, esto corresponde al subsuelo de Thurmann; sigue luego el verdadero subsuelo, capa de composición mineral distinta del suelo activo, que se extiende hasta el que puede llamarse con verdadera propiedad geológico.

Hecha ya esta distinción, veamos cuál es la naturaleza del suelo, del subsuelo y de la roca viva ó subyacente. El suelo ó tierra propiamente dicha, consta de una parte mineral y de otra orgánica; ésta superficial, aquella más profunda. Los elementos minerales se reducen por lo comun á la caliza, la sílice y la arcilla ó parte aluminosa, todas las cuales ejercen una doble acción mecánica y química sobre las raíces: resultando del justo equilibrio en sus proporciones, y de la abundancia del mantillo, la verdadera fertilidad de la tierra. Aparte de estos materiales, suelen figurar también diversos óxidos metálicos, la magnesia, etc.

El elemento calizo resulta de la destrucción mecánica ó química de las rocas de su propia índole y del transporte de sus detritus por las corrientes ó por cualquier otro medio. Lo mismo esta sustancia que la sílice puede encontrarse en dos estados, en el suelo y subsuelo; á saber, en el de bicarbonato disuelto en las aguas por un exceso de ácido carbónico, en cuyo caso, entre otras acciones que mejoran la condición del suelo, su propio estado permite que las raíces lo absorban penetrando en el tejido vegetal, del que forma parte muy importante. Otras veces, y esto suele ser muy frecuente, hállase la caliza en estado de carbonato neutro insoluble en el agua, como no vaya ésta cargada de ácido carbónico, y soluble en el clorhídrico ó cualquier otro, dando efervescencia, medio sencillo del que puede valerse el agricultor para averiguar su presencia. También suele encontrarse en la tierra el óxido cálcico ó la cal viva, pero en este caso siempre es debida su presencia á reacciones químicas, no muy comunes por cierto, verificadas en el suelo

mismo, y más á menudo á haberla llevado el hombre si conoce las ventajas de este excelente mejoramiento.

Consistente como las arcillas, aunque en grado menor, y dotada de cierta permeabilidad, la caliza térrea ó pulverulenta ocupa un lugar intermedio, por lo que respecta á propiedades físicas, entre aquellas y las arenas, lo cual determina la índole de su acción mecánica como verdadero regulador de las cualidades extremas de los otros dos elementos minerales de la tierra vegetal. Cierta cantidad de caliza es, de consiguiente, indispensable para disminuir la excesiva permeabilidad de un suelo arenoso, al que comunica al propio tiempo la consistencia de que han menester las raíces para sostener la planta; por el contrario, aplicada á una tierra dura, consistente y sobrada húmeda, por el predominio de la arcilla, la cal ó la caliza, corrige todas sus malas cualidades físicas. Por otra parte ejerce una acción química muy importante sobre el mantillo, contribuye á hacer soluble á la arcilla dejando en libertad á los álcalis potasa ó sosa que con la sílice la constituyen; por fin, á favor de su causticidad, mata los insectos y gusanos dañinos que atacan las raíces; todas cuyas razones hacen que el suelo que contiene una cierta proporción de este cuerpo en cualquiera de sus estados sea muy fértil, sobre todo para el cultivo de los cereales, especialmente para el trigo y también para la vid. El famoso vino de Champagne se da precisamente en la comarca de este nombre en Francia, cuyo suelo es esencialmente calizo; otro tanto sucede entre nosotros en Jerez, Alicante, Valencia y parte de Cataluña. Sin embargo, cuando la proporción de este elemento es excesiva, determina suelos ó tierras estériles, confirmando el principio inconcuso de que la fertilidad no reside en este ó aquel componente, sino en la justa proporción de todos: cuando la cantidad llegue al 50 por 100 de la total composición, la tierra se llama caliza, cuyas malas condiciones se corrigen con mejoramientos arenosos y también con arcilla cruda ó cocida.

La sílice compuesta de oxígeno y del metal llamado silíceo, también puede encontrarse en el suelo en dos estados; esto es, en el llamado por los químicos naciente, en cuyo caso es soluble en el agua, y como tal, penetra por las raicillas en el organismo dando brillo y consistencia, como sucede al tallo de las gramíneas, y formando parte de no pocos productos de la planta; y en el que puede decirse nativo y propio de esta sustancia, en cuyo caso es completamente insoluble, no sólo en el agua, sino también en los ácidos. Como consecuencia de esto, puede decirse que la acción de la sílice que se presenta en forma de arenas, gravas y guijarros de diferente tamaño, es puramente mecánica, comunicando á la tierra soltura y permeabilidad en razón de la cantidad en que se encuentra. La presencia de este elemento mineral es muy conveniente y para ciertas plantas indispensable, por cuanto no sólo permite la introducción de sus delicadas raicillas y la circulación del aire y demás gases, y del agua, sino que en determinados casos la poca trabazón que á la tierra comunica es de todo punto precisa para ciertas funciones de algunos vegetales, como sucede con la maduración del *mani*, que por introducirse el fruto con este objeto en el suelo, lo llamó Linneo *Arachis hypogea*.

Cuando las tierras llevan el 50 ó 60 por 100 de sílice, se llaman arenosas, sueltas y ardientes; si la

proporción se acentúa más, el suelo es estéril, sobre todo si le falta el agua, como acontecen el Desierto.

Por último, la arcilla resulta de la descomposición de los granitos, de los pórfidos y demás rocas feldespáticas, por una serie de operaciones mecánicas y químicas, siendo su principal agente el ácido carbónico, el cual, en presencia de aquellos dobles silicatos, se apodera de las bases volubles, tales como la potasa, sosa, cal ó magnesia, por ser su afinidad mayor que la que une á estos óxidos con el ácido silíceo, resultando de todo ello carbonatos ó bicarbonatos solubles, la sílice libre y la arcilla, que es el silicato hidratado de alúmina. Esta es insoluble é inatacable por los ácidos, siquiera la tenuidad de sus moléculas la permita á veces ir casi disuelta en el agua, como se observa en la mayor parte de los ríos y en las acequias de riego cuando ocurren avenidas, y también con sobrada frecuencia en las aguas del Lozoya.

Dotada esta sustancia de una gran avidez por el agua, resulta lo que se ha convenido en llamar su impermeabilidad, por cuanto, reteniéndola fuertemente entre sus moléculas, no la deja circular, absorbiéndola con intensidad, como se observa al aplicar la lengua ó los labios, á cuya superficie se adhiere hasta llevándose consigo parte de la cutícula epidérmica que la cubre. De esta propiedad de la arcilla resulta su plasticidad, tomando todas las formas que se le dan, circunstancia que la hace preciosa para las bellas artes y para muchas industrias: la intercalación de bancos de este mineral entre los de otras sustancias que son permeables, determina la formación de los manantiales; y, por último, su presencia en la tierra vegetal le comunica cualidades más ó menos importantes, haciéndola húmeda, apelmazada y correosa en tiempos lluviosos, extremadamente seca en el verano ó en tiempos y lugares donde las aguas escasean. La impermeabilidad de la arcilla no se limita tan sólo al agua, sino que se hace extensiva al ácido carbónico, al nitrógeno y demás sustancias alimenticias de la tierra, ejerciendo también una acción muy eficaz sobre los abonos orgánicos y el mantillo.

De lo anteriormente expuesto, fácil es deducir la función principal y á veces decisiva de este elemento inorgánico en el suelo, al que imprime carácter cuando se halla en gran proporción, llamándose arcilloso, húmedo y frío si llega al 50 ó 60 por 100; si excede de esta cantidad, la tierra se resiente de la falta del equilibrio en su parte mineral.

Tal es en breves palabras la tierra y el subsuelo, y los principales componentes inorgánicos de aquella y su procedencia, con el especial modo de obrar de cada uno. Dejaremos para la lección próxima el estudio del mantillo y de las capas inferiores del suelo ó sea del subsuelo y roca viva.

J. VILANOVA.

19 Diciembre 1876.